RICARDO GONZÁLEZ DEL TORO

EL SANTO VARÓN

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918



EL SANTO VARÓN

EL SANTO VARON

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

RICARDO GONZÁLEZ DEL TORO

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el día 7 de Junio de 1918

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup
TELÉFONO, M. 551
1918

Al veterano actor cómico

D. Juan Espantaleón,

dedico este juguete cómico como expresión de mi gratitud y recuerdo de sus enseñanzas.

Ricardo González del Toro.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SOCORRO	Carmen Jiménez.
DOÑA ELZEARIA	Ana Siria.
JOSEFINA	Adela Carbone.
FIDELA	Aurora Redondo.
JUSTA	Carmen Andrés.
CANDELAS	Lobo.
ÁGATA	Rey.
UNA CRIADA	Jiménez.
CASTO DEL TODO	Juan Bonafé.
DON OCTAVIANO	Pedro Zorrilla.
MARCELINO	Manuel González.
SAMANIEGO	Mariano Asquerino.
COSME	Juan Espantaleón.
CIRILO	Francisco Pereda.

La acción en Madrid.—Epoca presente.

Apuntadores: Sres. Augusti, Méndez y Salas.

ACTO PRIMERO

Un gabinete modesto, con puerta en el foro, balcón en la lateral izquierda (del actor); puertas en primero y segundo términos derecha y dos mesitas de té. En las paredes, cuadros de asunto religioso. Sillería adecuada. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece la escena sola; se oye sonar un timbre varias veces: primero, acompasadamente; luego, con violencia. DON CASTO, segunda derecha. Luego FIDELA, foro

Casto (Saliendo presuroso.) ¡Me atonta el tintineo!... (Vuelve la cara hacia el interior de la habitación por donde ha salido.) ¡En seguida soy con ustedes! (Sube hacia el foro, llamando.) ¡Fidela!... ¡Fidela! ¿Será el casero? (Volviendo a llamar, impaciente.) ¡¡Fidela!! (Viéndola salir.) ¿No ha oído usted el timbre?

Fidela (Acento vascongado.) ¡Claro que te lo he oído; por eso vengo!

Casto Han llamado diez o doce veces...

Fidela Perdone, jauna. Yo no te lo he oído más que una. La última.

Casto ¿Quién ha llamado?

Fidela El casero.

Casto (Azorado.) ¿No lo dije?... ¡Ya está ahí! ¡Ya está ahí!... (Alto.) ¿Y qué le ha dicho usted?

Fidela Que te estabas en sesión, pues, con esas señoras y recibir no se podía.

Casto Bien dicho, Fidela, bien dicho. Oiga, ¿y se ha fijado usted si sus ademanes eran de ira contenida, o de hostilidad manifiesta?

Fidela No, jauna; despedida que te hiso y en pas.

Casto Bien hecho, Fidela, bien hecho. Y si vuelve, dígale que he salido, que estoy enfermo; lo que se la ocurra. Pero no le deje usted pasar, mientras estén en casa esas señoras de la Junta, que es mi ruina.

Fidela ¿Mensualidades que te debes, pues?

Casto No, sensata Fidela, no. ¿Cómo va a ser esa la causa de mi temor, cuando precisamente tratamos de alquilar el cuarto vecino y derribar un tabique de esa alcoba (Señala primera derecha.) para agrandar la sala de sesiones? ¡Otro es el motivo y no pretenda averiguarlo, porque ese altar donde su casto pensamiento ha colocado mi humilde personalidad, caería hecho escombros en cuanto se percatara del por qué de mi azoramiento.

Fidela No te comprendo, jauna.

Casto Ni es preciso. Siga usted en su ignorancia y ataje al casero cuando vuelva. Es favor que espero merecer de mi devota servidora, su humildísimo seguro hermano en el Señor, Casto del Todo. (Aparte al iniciar el mutis por donde salió a escena.) ¡Dios mío! Don Octaviano insistente!... ¡Acógeme en tu seno! (Inclinándose al entrar.) ¡Estoy a las órdenes de la Directiva. (Desaparece.)

ESCENA II

FIDELA y CIRILO, foro

Fidela Nervioso que se está, extraño que te es. Porque este señor en su normal estado, es de los que pisotón se reciben y perdón que te pide por haber puesto pie debajo, o así.

Cirilo (Uniforme de guarda del Retiro.) ¿Pero me vas a tener toa la tarde en la cocina con una taza e caldo?

Fidela Silensio, maitia.

Cirilo ¿Para qué te llamaba el señorito?

Fidela Saber que te quería quién me tocaba la timbre, o así.

Cirilo ¿Le has indicao algo de lo de tu dote?

Fidela No soy atrevida. Nervioso que se está. Difísil que me parese desir.

Cirilo Pues hay que conseguirlo. Yo no me caso, si no te dotan esas señoras de la Asociación.

Fidela ¿Y por qué te han de dote dar? ¿Qué hemos hecho, pues, para meresértelo?

Cirilo No darnos ni un abrazo en quince días que llevamos de relaciones.

Fidela Porque desente te soy. Pero eso no se basta para dote pedir. Hay que serte como mi amo, o así; día no se pasa sin que te arregle matrimonio desavenido o marido que se arranca de bacanal, como él se dise. ¿Te has arrancao tú algo, ené?

Cirilo ¡Hombre! ¡Como arrancarme no me he arrancado todavía. Pero anoche denuncié un suceso que pué que sirva pa que esas señoras nos den lo que pedimos.

Fidela ¿Conspirasión que te has descubierto en el Retiro, pues?

Cirilo Algo más definitivo. He sorprendío un atentao.

Fidela ¿Contra el Gobierno?

Cirilo Contra la moral. Figúrate que ya anochecío, cuando hacíamos la ronda por el lao del Botánico, oigo hacia el Angel Caído unos suspiros dolorosísimos... ¡Ay!... ¡Ay!...

Fidela ¿Suisidio que te tienes?

Cirilo Eso pensé yo. Pero inmediatamente percibo otro ruido que no tenía ná de suicida.

Fidela ¿Otro ruido?

Cirilo Inconfundible Este. (*Se da unos cuantos besos en la mano.*)

Fidela ¿Mano que te besaba algún méndigo, o así?

Cirilo Si hubiá sío un méndigo, no hubiéramos ido todos a parar a la Comisaría.

Fidela ¿Pues qué te era?

Cirilo Una pareja.

Fidela ¿De orden público?

Cirilo De orden privao.

Fidela Incomprensible que te pones.

Cirilo ¿Incomprensible? Bástete saber que, al verme, la señora escapó sin que yo alcanzase a verle la cara; que al señor le agarré por el faldón del saqué y que a nuestras voces llegaron mis compañeros y que fuimos tós a la Comisaría, donde el señor, protestando

de su detención, tuvo que dar su nombre y presentar la cédula para que le dejasen marchar, ateniéndose al proceso verbal que se le siga por atentao a la moral en sitio público.

Fidela (Enfadada.) ¡Indesensia que te es! ¡Contar no me debes!

Cirilo Pues te lo he explicao cómo para imprimirlo en un *Catón*.

Fidela ¿Y quién te era aquél desinvergüenzado?

Cirilo Pues tó un caballero con cédula de segunda clase, don Octaviano Torrejón, casao y propietario.

Fidela (Asombrada.) ¿Don Octaviano Torrejón?

Cirilo ¿Le conoces?

Fidela Mucho. Casero de esta casa; propietario que te es.

Cirilo ¿Eh?

Fidela Presisamente hoy te estuvo aquí tres o cuatro veses buscándose a mi señorito.

Cirilo ¡Claro! ¡Pa que le arregle el asunto. ¡Como tu amo se trata con esas señoras... ¡Qué lástima que no conozca yo a don Casto para advertirle.

Fidela Cuidado no te tengas; yo se lo diré. O mejor, ¿por qué no te hases una cosa?

Cirilo ¿Cuála?

Fidela Venir cuando sesión termine; te hablas con don Casto del asunto y dote que de seguro te arreglas.

Cirilo ¿Y tú crees?...

Fidela Si relato te adornas con la castigo de los culpables, sí que te lo creo.

Cirilo Por adornos no te preocupes que tengo uno definitivo.

Fidela ¿Sí?

Cirilo Un reloj de pulsera.

Fidela Bromas no te hagas, que ocasión no te es.

Cirilo ¿Cómo broma? ¡Un reloj de pulsera que encontré en el lugar del suceso y que entregué en el Juzgao, como indicio pa descubrir a la fugitiva.

Fidela (Desconfiada.) ¡Echate para averiguasiones!

Cirilo Muy pocas. Porque en la tapa del reloj hay esmaltao un retrato de caballero, que debe ser el marido de la prójima.

Fidela ¿Tú te crees que esa señora es casada?

Cirilo Tó es posible. ¡No sabes las rarezas que se

sorprenden en ese Angel Caído en cuanto anochece.

Fidela ¡Cállate! ¡Cuentos no me hagas! ¡Rubor que se sube! ¡Vergüensa que te das! (Suena el timbre y Fidela intenta subir al foro.)

Cirilo (Deteniéndola.) ¿A dónde vas?

Fidela A abrirte.

Cirilo ¿El qué?

Fidela Timbre que te suena, puerta que te llama.

Cirilo Anda y abre. Yo me voy al Juzgao y luego vendré para hablar con don Casto de eso de la dote.

Fidela Pero escóndete, maitia, mientras abro; que no te vean o así...

Cirilo Voy, voy... Ya sé que lo primero es la moralidaz en esta casa.

(Vuelve a sonar el timbre. Se marcha Cirilo foro.)

Fidela (Marchándose detrás de Cirilo.) ¡Ya te van! ¡Ya te van!...

(Desaparecen.)

ESCENA III

CASTO segunda derecha. JOSEFINA foro

Casto (Saliendo como antes.) ¡Ahora... ahora sí que es él... ¡Ahora sí!...

Jos. (Saliendo apenadísima.) ¡Sí... ya la veo!... Aquí está!... ¡Ay, don Casto de mi corazón!

Casto (Sorprendido.) ¡Recirio!... ¡Josefina! ¡Usted en mi casa!... ¡Qué imprudencia! (Se dirige a la segunda derecha presuroso.)

Jos. (Creyendo que se marcha.) ¡No me abandone usted por lo que más quiera!

Casto (Desde la puerta.) No, si no me... (Metiendo la cabeza dentro de la habitación.) En seguida soy con ustedes. (Cierra la puerta y viene al centro de la escena.) ¿A qué viene usted aquí, desdichada?

Jos. ¡Un contratiempo inesperado! ¡Una desgracia irreparable! ¡Un disgusto tremebundo!

Casto Me acongoja usted, Josefina; explíquese de una vez.

Jos. ¿Recuerda usted aquel relojito de pulsera que llevaba ayer tarde cuando hablamos en el Angel Caído?

Casto Sí. ¿Qué pasa?

Jos. ¡Se ha extraviado!

Casto ¿Y bien?

Jos. ¡Que ese reloj tiene en una de las tapas el retrato de mi novio...

Casto ¡Recirio! ¡Otra complicación!

Jos. ¡Ay, don Casto! ¡Que estoy que me ahogo con el aliento!

Casto ¿Ve usted? ¿Ve usted? ¿Quién la manda desmayarse en mis brazos tan inoportunamente?

Jos. Considere que lo que me dijo fué para hacerle perder la prudencia a doña Isabel la Católica, que santa gloria haya.

Casto Era necesario. ¡Mi conciencia me empujaba!... Mi deber lo exigía!

Jos. (Alzando la voz.) ¡Dios mío! ¡Marcelino, casado!

Casto (Asustado, volviendo la cara hacia la segunda derecha.) ¡Baje usted la voz!

Jos. ¡No puedo!

Casto ¡Que está ahí su señora y puede oirla!

Jos. ¿Que está ahí la mujer de Marcelino?

Casto Sí; pertenece a la directiva de «Los Angeles Caídos».

Jos. (Extrañada.) ¿Y qué es eso?

Casto Una moralizadora agrupación, que se dedica a la redención de los maridos extraviados por el procedimiento de la supresión de las mujeres fáciles y de la que soy, aunque indigno, Gerente Consejero.

Jos. ¡Ahora me explico por qué me dió usted ayer aquel mal trago!

Casto Era mi obligación. Marcelino es un libertino, su esposa una pobre cordera...

Jos. Pero yo no soy una mujer fácil. ¡Marcelino me juró que era soltero!

Casto Haberle pedido la cédula.

Jos. No caí en eso. Además me enamoró su arrogancia...

Casto ¿Su arrogancia? ¡Pero si parece un chaparro!

Jos. Para mí es un bambú del Botánico. Y luego, su palabra cálida... avasalladora... (Llorando y volviendo a subir el tono.) ¡Ay, Marcelino! ¡Marcelino!

Casto (Haciéndola callar y volviendo a prestar oído hacia la habitación segunda derecha.) ¡Por Dios, la cordera!

Jos. ¡Perdone usted; cuando hablo de él desvarío!

Casto Vuelva usted a la razón.

Jos. ¡No puedo, no puedo! ¿Cómo olvidar a un hombre que me colmaba de presentes, para que siempre lo tuviera presente?

Casto Las dádivas son los peldaños de la escalinata de la seducción.

Jos. ¡Y si conociera usted los peldaños de Marcelino!... Una vez que paseando con él bajo el frondoso ramaje de la Moncloa, sentí un escalofrío y estornudé, me compró un abrigo de pieles y me dijo: «¡Toma, para que arropes esa escultura, que almibara mi existencia!...» ¿Cabe algo más dulce?

Casto Arrope.

Jos. ¡Y luego, ese reloj con su esmalte!... Y sobre todo... ¡el juego de alcoba!...

Casto (Bajando la vista ruborizado.) ¡Josefina, por Dios!

Jos. Tocador y dormilona... ¡Una monería!

Casto (Grave.) Ha debido usted rechazar ese tocador.

Jos. ¡No tuve fuerzas! ¡Me tiene tan rendida! Por eso no me pude contener, cuando al pie del Angel Caído y envuelta por las sombras del crepúsculo, oí de labios de usted que era casado y ahogada por la emoción caí en sus brazos suspirando y besando el esmalte!

Casto Y apareció un guarda y usted huyó y a mí me llevaron detenido por ofensas a la moral. ¡A mí! ¡A Casto del Todo! ¡Un hombre que no recuerda haber conocido otros brazos que los de su nodriza!... ¡Yo, procesado!

Jos. (Asustada.) ¿Y tuvo usted que dar su nombre?

Casto Así me lo exigieron; pero de repente se me ocurrió que el Gerente de la moralizadora institución «Los Angeles Caídos», no podía figurar como protagonista de una aventura equívoca, y aprovechando que mi casero me había encargado de sacar su cédula, la presenté como mía y di su nombre en la comisaría del distrito.

Jos. ¿Y cuándo ese señor reciba la citación del Juzgado?

Casto Lo tengo previsto. Le diré que yo me encargo de saber para qué le llaman. Voy al Juzgado, pago la multa y asunto concluído. ¡Todo, antes de que por una ligereza, pueda yo perder la Gerencia de esta Agrupación, que con sus dádivas contribuye al mantenimiento de mi cristianísima existencia!

Jos. Pues yo no me marcho de aquí sin convencerme de que esa señora es digna de que yo le sacrifique mi amor por Marcelino.

Casto ¿Qué pretende usted?

Jos. ¡Conocerla!

Casto ¡Por Dios, Josefina, que eso es una locura!

Jos. ¡Que lo sea!

Casto ¡Conténtese usted con los regalos!

Jos. Le repito que yo no soy una mujer fácil.

Casto Mire usted que esa pobre cordera ignora la conducta de su marido y el disgusto sería horrendo!

Jos. No me importa.

Casto Está bien. ¿Usted lo quiere? ¡Sea! Pero no olvide que se descubrirá todo; que el Juzgado desea conocer a mi acompañante de ayer, que habrá escándalo y que seremos dos inocentes los castigados. ¡Usted, porque nadie creerá que ha sido engañada, y yo... que lo perderé todo... ¡menos el apetito!, porque estas señoras me dejan sin alimentos.

Jos. Es que yo necesito convencerme...

Casto Todo puede usted saberlo, si se deja guiar.

Jos. ¿Qué me propone usted?

Casto El único medio hábil de arreglarlo todo sin perjuicio para nadie. La sesión está terminando; ahora saldrán esas señoras para tomar el té que les ofrezco antes de marcharse. Entre usted en esa alcoba (Primera derecha.) y oyéndolas se convencerá de que Marcelino es un infame y su señora un ángel de Dios.

Jos. Acepto. ¡Y como sea verdad, que me ha engañado...

Casto ¡Le devuelve usted sus regalos... en papeletas!

Jos. Procure abreviar el té.

Casto Será una ráfaga. (Entra Josefina en la primera derecha. Don Casto corre el pestillo.) ¡He salvado a esa pobre cordera! Pero, ¿y si el reloj ha caído en manos del Juzgado? ¿Qué hago yo? Cómo decirle a Marcelino?... (Volviéndose hacia uno de los santos que hay en la pared.) ¡San Alejo! ¡Ilumíname, que estoy más a oscuras que el hueco de la escalera donde tuviste tu mansión terrenal.

(Se abre la puerta segunda derecha y entran en escena Socorro, doña Candelas, Agata y Justa.)

ESCENA IV

CASTO, SOCORRO, CANDELAS, AGATA y JUSTA, segunda derecha

Casto Pero, ¿qué es eso? ¿Han levantado la sesión sin mi asistencia?

Soc. Amable don Casto. El asunto que nos resta que tratar, es de confianza y podemos solucionarlo aquí, mientras nos sirven el té.

Casto Como ustedes gusten. (Sube al foro.) ¡Fidela, el té!

Justa Ya supondrá usted que nos referimos al alquiler del cuarto vecino.

Casto ¡Ah!... ¡Sí, al vecino.

Agata ¿Habló usted con el casero?

Casto Con el casero, no; con la señora... para encomiarle las excelencias de nuestra Agrupación y que recabe de su marido el permiso para derribar el tabique de mi alcoba.

Cand. ¿Crée usted que accederá?

Casto Probablemente. Esa señora está empeñadísima en obtener un cargo en nuestra Agrupación. Y a trueque de conseguirlo, sería capaz de acceder a todo lo que la propusieran.

Soc. Pues no creo que haya inconveniente...

Cand. Según. Ya sabe usted que las esposas felices no tienen cabida en nuestra Junta.

Casto Doña Candelas... ¡Qué hogar no oculta alguna silenciosa tragedia?... Puede que la existencia de ese matrimonio se haya deslizado hasta ahora tranquila y feliz y de un momento a otro la desnivele una catástrofe inesperada.

ESCENA V

DICHOS; FIDELA, foro. Luego DOÑA ELZEARIA

Fidela Jauno. Doña Elzearia que te espera; hablar que te quiere seguidúam.

Casto ¡La casera!

Soc. ¿La esperaba usted?...

Casto A ella, no.

Justa	¿A qué vendrá?
Casto	No sé .. (Aparte.) Esto es que ya ha recibido su marido la acusación del Juzgado Municipal.
Fidela	¿Digo que te pase, pues?
Casto	(Rápido.) ¡No!
Agata	¿Por qué no? ¿No esperaba usted a su marido?
Casto	Sí; al marido... sí, Pero como estamos en sesión...
Soc.	¿Y qué importa? ¡Así hablaremos con esa señora y la decidiremos a que influya para lo del derrumbamiento, aunque no podamos tener el placer de que figure entre nosotras.
Fidela	¿Qué te digo por fin?
Justa	Que pase.
	(Fidela se marcha foro.)
Casto	(Aparte.) ¡Ay, si ha recibido la citación! ¡Menudo derrumbamiento!
Elzea.	(Aparece en el foro.) ¡Señoras... Caballero!
Casto	Adelante, doña Elzearia; adelante y dispense la antesala. (Presentando.) Las señoras de la directiva... La esposa de don Octaviano Torrejón, propietario de la casa...
Soc.	¡Ah! ¿Es usted la señora del casero?
Casto	Tengo ese placer.
Justa / **Cand.**	(Suspirando.) ¡Ay!
Soc. / **Agata**	(Lo mismo.) ¡Ay!
Elzea.	(Sorprendida.) ¿Eh?
Soc.	¡Dichosa usted que llama placer al lazo del matrimonio!
Elzea.	¿Cómo?
Casto	No se extrañe, doña Elzearia. Ya sabe usted que esta Agrupación la componen varias desafortunadas señoras, cuyo único fin es atraer al hogar conyugal a sus descarriados maridos.
Cand.	Es la condición precisa para ingresar.
Elzea.	(Disgustada.) ¡Ah! Entonces es inoportuna mi visita.
Soc.	¡Oh, nada de eso!
Elzea.	Me explicaré. Cuando mi esposo me significó la pretensión de ustedes, referente al alquiler del cuarto de al lado y el derribo del tabique de esa alcoba, (Primera derecha.)

para agrandar la sala de recepciones, expuse a don Casto, mi deseo de pertenecer a esta Junta, cuya edificante conducta es tan elogiada por las Hermanitas descalzas, de cuyo Refugio, soy asidua visitante.

Justa ¡Ah! ¿Se trata usted con las hermanitas?

Elzea. Y ellas fueron las que me ensalzaron esta Agrupación.

Cand. ¡Nos quieren tanto!

Agata Y nosotras a ellas.

Soc. Y procuramos imitarlas, a pesar de la diferencia que hay entre unas santas y estas humildes pecadoras.

Elzea. ¡Ah! Ya saben las descalzas que ustedes son devotas.

Casto ¿De manera que el objeto de su visita?...

Elzea. Era exponerles mi pretensión.

Casto Entonces, ¿usted no ha recibido nada... todavía?...

Elzea. ¿Nada... de qué?

Casto Pues del Juz... digo, de la... Con permiso, voy a decir que suban el té. (Aparte, al subir hacia el foro, para ocultar su alegría.) ¡No la ha recibido! ¡Aún puedo salvarme!

Elzea. (A Socorro.) Don Casto fué quien hizo nacer en mí el deseo de pertenecer a esta Junta. Don Casto, el que con el vendaval de su conciencia agitó las tranquilas aguas del lago azul donde se deslizaba plácido el bajel de mi matrimonio...

Casto (Aparte.) Esta casera es más cursi que un esdrújulo. (Sale Fidela por el foro, con servicio de té, que va colocando sobre las mesitas, alrededor de las cuales están sentadas las señoras.) ¡Sirva usted también a doña Elzearia! (Fidela se retira y vuelve con otro servicio.)

Elzea. (Siguiendo su conversación.) Y ahora me entero de que es condición precisa ser víctima de una infidelidad conyugal para pertenecer a tan distinguida agrupación.

Casto (Viniendo al centro.) Sí, doña Elzearia. Todas estas corderas gimen por el abandono de su pastor. Vea usted, doña Candelas, que se consume poco a poco, mientras que su marido luce en la Bombilla las procacidades de su existencia tumultuosa. La humilde Agata, víctima del abandono de su esposo. Nuestra amable secretaria, doña Justa...

Justa Le suplico que no recuerde mi desgracia.

Elzea. ¿También le trata mal su marido?

Casto Peor que a la Agata. Y más vale que no hablemos del de Socorrito, nuestra linda presidenta...

Soc. (Anhelante.) ¿Qué, ha sabido usted algo de Marcelino?

Casto No, señora. Por eso digo que más vale que no hablemos. (Mirando a la primera derecha.)

Cand. ¡Todas, todas somos muy desgraciadas!

Casto Con decirle a usted que los días de Junta general tengo que darle cuerda a la pianola para que no se oigan desde la calle sus lamentaciones...

Elzea. ¡Pobres ángeles caídos!

Casto Y yo...

Elzea. ¡Ah! ¿Pero es usted casado?

Casto No, señora, soltero. Pero yo aconsejo a todas, me sacrifico por ellas y soy para los maridos una especie de estatua del Comendador que me filtro por las paredes en el periodo álgido de sus bacanales.

Elzea. ¡Cuánta humildad!

Casto No lo sabe usted muy bien. Como que hay veces que salgo de esos festines en compañía de los desperdicios.

Elzea. ¡Este hombre es un Cirineo!

Soc. Sí, señora, un Cirineo. Por eso nuestra Junta está discutiendo un premio de cinco mil pesetas para este mártir, que sacrifica su tranquilidad en pro de estas ovejas abandonadas.

Elzea. ¡Estoy conmovida! (A Socorro, con la taza de té en la mano.) ¡Déjenme un huequecito!

Justa Lo sentimos mucho, pero usted es una esposa feliz y desentonaría en nuestra Agrupación.

Elzea. Me refería a la taza.

Soc. (Haciéndole sitio.) Con mil amores.

Casto También si ustedes quieren, podemos hacere un huequecito entre nosotros.

Cand. ¿Es posible?

Agata ¿Y cómo?

Casto (Aparte, a Socorro.) Hay que tenerla propicia. (Alto.) Colocando el retrato de su marido en la sala de sesiones, para que sirva de faro a los estraviados esposos, que sin rumbo ni guía, navegan por el proceloso mar de las

malas pasiones, y poniendo al pie de ese retrato otro de esta señora, como lirio perfumado de ese hogar tan feliz.

Cand.
Agata } ¡Sí, sí, aprobado!

Soc. (A Elzearia.) ¿Acepta usted?

Elzea. (Conmovida.) ¡Estoy suspensa!... ¡Mi marido de faro!... ¡Yo de lirio!.. ¡Yo deliro!

Casto Sí, señoras mías. ¡Votemos por la exaltación de este matrimonio, a puesto tan deslumbrador!

Todas (Levantándose con las tazas en la mano.) ¡Brindemos por su eterna felicidad!

Elzea. ¡Por Dios! ¡No brinden... no me exalten, que enrojezco!

Soc. ¡Por nuestro faro!

Justa ¡Por nuestro lirio! (Todas beben el té.)

Fidela (Aparte.) ¿Con té que se brindan? ¡Mejor les hubiera sido bagardúa!

Elzea. Y ahora, si les parece, amigas mías, pasemos a otro asunto

Casto Pasemos a donde usted mande.

Elzea. ¿No desean el cuarto de al lado para establecer la sala de Juntas?

Soc. Ese sería nuestro sueño.

Elzea. Pues pasemos a la alcoba de este santo varón, para comprobar si efectivamente coincide ese tabique con el de la habitación que se pretende agrandar.

Todas (Disponiéndose a entrar.) ¡Sí, sí, pasemos!

Casto (Azorado, colocándose delante de la puerta primera derecha, aparte.) ¡Recirio! (Alto.) ¡No!

Todas (Deteniéndose extrañadas.) ¿Eh?

Casto No se puede pasar.

Soc. Amable don Casto...

Casto (Sin saber cómo disculparse.) Perdonen ustedes, pero... ya comprenderán mi oposición... mi alcoba es... una alcoba de soltero.

Cand. Modelo de castidad.

Casto Por eso mismo, tengo hecho voto de que esa habitación no ha de verse nunca profanada por miradas femeninas.

Fidela Verdad que te dises. Como que te duermes en chaisse-longue, para que nunca te entre a cama que te hases o así.

Elzea. ¡Oh, es un ángel este don Casto!

Justa Un cenobita.

Casto Fidela. No me gusta que se conozcan mis

interioridades. Recoja el servicio de té y a la cocina.

Fidela Bay, bay jauna; seguidúam. (Recoge todo y se marcha por el foro.)

Elzea. No insistimos. Ahora vendrá mi marido con el contrato, lo firman ustedes, y a él ¿sí podrá usted enseñarle el tabique?

Casto Si me quedo solo, desde luego.

Agata Pues nos marchamos. ¿Me acompaña usted, Socorrito?

Soc. No; espero a Marcelino, que ha prometido venir a recogerme.

Casto (Asustado.) ¿Pero va a venir su marido?

Soc. Es probable.

Casto (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Y la otra ahí!

Elzea. (Marchándose acompañada de Justa, Agata y doña Candelas.) Créame, que me hubiera satisfecho mucho más pertenecer a la Junta.

Soc. (Que también sube a despedirlas.) ¡Siempre hay tiempo!

Elzea. ¡Ay, no lo crea usted! Mi marido ha pasado ya la edad de las borrascas, por eso me ha parecido oportunísimo que le coloquen de faro. (Se marchan todas, menos Socorro, por el foro.)

Casto (Que ha quedado junto a la primera derecha.) ¿Se habrá dormido esta joven?... ¡Ojalá! Porque si viene Marcelino y sale... ¡Me río yo del paso de las Termópilas!

ESCENA VI

SOCORRO y CASTO

Soc. (Mirando a Casto desde el foro.) ¿Reza usted?

Casto No, no, señora; estoy a sus gratas.

Soc. ¿A mis gratas?... (Con explosión de llanto.) ¡Ay, don Casto de mi alma!

Casto (Alarmado.) Pero, ¿qué es eso? ¿Llora usted?

Soc. Sí; envidio la tranquilidad de ese matrimonio.

Casto No es para tanto. Puede que don Octaviano haya tenido también sus deslices...

Soc. Por eso lloro, precisamente.

Casto Vamos, vamos, seque usted esas lágrimas y baje la voz.

Soc. No; quisiera que todo el mun lo oyese mis

quejas, para saber si mis faltas tienen disculpa.

Casto ¿Sus faltas? ¡Socorro, por Dios! ¿Qué dice usted?

Soc. ¡Mi falta, sí; de la que mi marido es el único responsable!

Casto ¿Qué?

Soc. (Llevándole de la mano al balcón de la izquierda.) Venga usted. Mire usted. ¿Qué hay en aquella esquina?

Casto Un anuncio de pneumáticos.

Soc. Debajo de los pneumáticos, no hay un joven airoso, bien vestido, moreno?...

Casto ¿Aquél que ahora mira hacia aquí?

Soc. Sí, señor. (Separándose del balcón.) Pues ese joven hace cerca de un mes que me sigue por todas partes, que me asedia ofreciéndome su amor, y la otra tarde cuando estuve en el Ritz, con las de Verduguillo, tuvo la osadía de enviarme una carta con uno de los camareros.

Casto ¡Qué atrevimiento! ¿Y usted, qué hizo?

Soc. Escribirle también para reprocharle su conducta. ¿Y sabe usted qué me contestó cuando le dije que estaba casada? ¡Presénteme usted a su marido!

Casto ¡Los hay exigentes!

Soc. Ayer tuvimos una entrevista en el Parterre del Retiro, donde nos encontramos por casualidad...

Casto ¿En el Parterre?... ¡Tan cerca!

Soc. ¿Eh?

Casto ¡Tan cerca... del centro! ¡Pudieran haberles sorprendido!

Soc. Le repito que todo fué casual. Insistió en sus pretensiones, repetí lo de mi estado y él entonces, juró que me seguiría por todas partes hasta que se convenciera de la verdad.

Casto (Sin poder contenerse.) ¡Lo mismo que la otra!

Soc. ¿Qué otra?

Casto ¡Lo mismo que todas he querido decir! ¡Ah! ¡Humanidad, humanidad! ¡Eres una rueda de barquillero!

Soc. ¡Sálveme usted, don Casto!

Casto Sí, señora; es mi deber como hombre honesto y como Gerente de «Los Angeles Caídos». Llame usted a ese joven.

Soc. (Asustada.) ¿A Samaniego?
Casto ¡Ah! ¿Sabe usted su apellido?
Soc. ¿No le he dicho ya que me escribió?
Casto (Mirándola con intención.) ¡Ah, vamos!... Está bien. Llame usted a Samaniego.
Soc. ¿Qué va usted a hacer?
Casto Librarla de ese peligro para siempre.
Soc. ¡Para siempre!... ¡Ay, don Casto!
Casto Acabemos. ¿Quiere usted que la salve o no?
Soc. Sí, sí, es preciso. (Levantando el visillo y haciendo señas con el pañuelo hacia fuera.) ¿Qué va a pensar de mí?
Casto Al principio, cualquier barbaridad; pero en cuanto vea mi actitud rectificará su opinión. (Suena el timbre de fuera.)
Soc. (Separándose del balcón.) ¡Ya está ahí!
Casto No tiemble usted. Recuerde que son «Los Angeles Caídos» los que van a hablar por mi boca. Serenidad.

ESCENA VII

SOCORRO, CASTO y SAMANIEGO, foro

Sam. (Presentándose algo temeroso.) Buenas tardes.
Casto (Muy grave.) Pase usted, caballero; pase usted.
Sam. (Sorprendido.) ¿Eh?
Soc. (Aparte.) Estoy como para que me anestesien.
Casto Pase usted, que estamos en mi casa.
Sam. (Más desconcertado cada vez.) Ya, ya supongo... (Aparte.) ¿Qué quiere decir esto?
Casto Y también supondrá que cuando me he tomado la libertad de llamarle para algo muy grave debe ser.
Sam. ¡Ah! ¿Pero ha sido usted quién me llamó? Yo habría jurado que fué esta señora.
Casto Obligada por mí.
Sam. (Mirando a Socorro.) Ya.
Soc. (Aparte.) ¡Pobre! ¡Qué azorado está! ¡Me da lástima!
Sam. (Decidido.) Ante todo, y perdone mi curiosidad ..
Casto Ante todo yo, que estoy en mi casa. ¿Usted no sabe quién soy?
Sam. No, señor... es decir... sí... Me figuro que...
Casto Yo soy don Casto del Todo, Gerente de la

moralizadora agrupación «Los Angeles Caídos».

Sam. ¡Ah!

Casto Y esta señora, la insustituible compañera que el cielo me otorgó para dirigir los trabajos de esta Junta.

Sam. Entendido. (Aparte.) Es su mujer.

Casto Y enterado por ella de la ridícula persecución de que es víctima, he llamado a usted para reprocharle su conducta y exigirle que en lo sucesivo se abstenga de asediar con sus pretensiones a una señora casada, que jamás ha pensado olvidar el sagrado juramento que lealmente pronunció al pie de los altares.

Soc. Y que nunca ha dado pie para que la sigan paso a paso.

Sam. Señora. (Serenamente) Lamento esta equivocación de ustedes.

Casto ¿Cómo equivocación? ¿Pues qué significa su presencia frente a los balcones de mi casa?

Sam. Muy sencillo de explicar. He visto papeles en el cuarto de al lado y esperaba a que saliese la portera, para saber las condiciones del alquiler.

Soc. (Aparte.) No, como listo, es listo este joven.

Casto ¿Ah, sí? Pues siento decirle que seguramente no ocupará usted ese cuarto, porque ya tengo las llaves en mi poder.

Sam. Entonces, me retiro y lamento el tiempo que he perdido admirando una casa, (Con intención y mirando a Socorro.) que así, a primera vista, parece hermosa y desalquilada; pero que según veo tiene poco fondo y falsos papeles. Buenas tardes.

Casto Servidor de usted.

Sam. A sus pies, señora. ¡Ah! Y dígale al portero que retire el alquila, para evitarle disgustos a este caballero.

Casto Descuide usted. Se retirará.

Sam. (Aparte, al iniciar el mutis.) ¡Vaya una ridiculez! Contarle al marido... Esta señora es una gazmoña.

Soc. (Bajo, a Casto.) Me ha salvado usted.

Casto (Para sí.) Lo mismo que hice ayer con su marido.

ESCENA VIII

SOCORRO, CASTO, SAMANIEGO y MARCELINO, foro

Marc. ¡Felices!... (Dirigiéndose resueltamente a Socorro.) Luego dirás que no te cumplo mi palabra. Salud, don Casto.

Soc. (Aparte.) ¡Mi marido!

Sam. (Mirando a Marcelino.) ¿Eh?

Casto (Inclinándose.) Muy señor mío.

Sam. ¡Sí, es él! ¡Chico, Marcelino!

Marc. (Volviendo la cara hacia Samaniego y desagradablemente sorprendido.) ¡Calle! ¡Samaniego! (Aparte.) ¿Qué hará aquí este vencejo?

Sam. ¿Qué te trae por esta casa, vividor?

Casto ¿Vividor?

Marc. (Indicando a Socorro.) Pues, ya ves...

Sam. (Sonriendo maliciosamente y mirando a los otros) ¡Sí, sí... ya me hago cargo, aguilucho!

Soc. (Aparte.) ¿Mi marido aguilucho?

Sam. (A Socorro.) Que sea enhorabuena, señora. Me explico claramente su actitud. Encantado de haber conocido a su marido. (A don Casto.) ¡Es usted definitivo!... (A Marcelino.) ¡Vaya una suerte, bandido! ¡Ya veo que para ti, no está alquilado este cuarto!

Marc. ¿Qué dices, hombre?

Sam. Nada, nada; que estás en tu casa. (Marchéndose y aparte.) ¡Lo que yo suponía! Un marido complaciente. Una señora despreocupada y este fresco, (Por Marcelino.) al quite. (Alto.) ¡Qu los tengan ustedes muy felices... y hasta otra! (Aparte) ¡Si lo que a mí se me escape!... (Se marcha por el foro.)

ESCENA IX

SOCORRO, CASTO y MARCELINO

Marc. (Algo escamado.) ¿También pertenece a la Asociación ese cachivache?

Casto Diré a usted. Ese cachivache, digo, ese señor...

Marc. Ese cachivache, es un despreocupado; nos conocemos bien, y cuando va a algún sitio,

no es para ningún asunto muy moralizador que digamos.

Casto (Ofendido.) ¿Qué se atreve usted a suponer?

Soc. Marcelino, yo te explicaré...

Marc. Ni una palabra, Esta casa será muy santa, no lo dudo; vuestra agrupación excesivamente moralizadora, no lo niego. Pero no me da la gana de que mi mujer vuelva de visita a un sitio donde se admiten zánganos como ese.

Casto Ese joven estaba aquí, porque yo...

Marc. ¡Le digo a usted que hemos terminado!

Soc. ¿Recelas de mí?

Marc. No, porque te conozco y sé que eres incapaz de engañar a un hombre como yo, que en su vida se ha permitido ni el más ligero devaneo.

Casto (Ve agitarse la puerta primera derecha y corre hacia ella, agarrándose al pestillo.) ¡La otra!

Marc. ¿Qué es eso, qué le pasa a usted?

Casto (Sugetando el pestillo.) ¡Nada, que tiene usted mucha razon! Buenas tardes.

Marc. ¿Me despide usted?

Casto Sí... digo, no; es decir...

Soc. Vamos, Marcelino, tienes razón en todo. No volveré a salir si tú no quieres.

Marc. (Soltándose de su brazo y viniendo a primer término.) Aguarda. Antes voy a decirle a don Casto dos palabritas al oído. (A Casto.) Acérquese usted.

Casto No puedo.

Marc. Iré yo. (Se acerca, Socorro queda al foro. Bajo a Casto.) Si no quiere usted ver sus narices en un Museo...

Casto (Atajándole y más bajo aún.) Déjeme terminar el razonamiento. Si no quiere usted encontrarse las suyas en un relojito de esos de pulsera, váyase con su señora cuanto antes.

Marc. (Tranquilo y sonriendo.) ¿Eso es un desafío?

Casto ¡Chiss! Baje la voz y acérquese más.

Soc. ¿Qué se estarán diciendo?

Casto (Casi al oido.) ¿Sabe usted por qué me he agarrado a este pestillo?

Marc. Para escapar por si vienen mal dadas.

Casto No, señor; porque en esta alcoba está la Josefina, la del juego de pieles, dispuesta a arañarle en cuanto se encuentre con usted a solas.

Marc. (Aterrado.) ¿Qué dice usted?

Jos. (Desde dentro) ¡No te marches, libertino!

Soc. ¿Qué es eso?

Marc. (Se separa y agarra del brazo a Socorro. Aparte.) ¡Caray, es verdad! (Alto) Ahora vuelvo.

Soc. Pero, ¿qué te pasa?

Marc. Nada, nada; que tiene razón don Casto; que estoy equivocado. Que esta casa es un templo y que yo soy un desconfiado. Vámonos, vámonos.

Soc. (Aparte.) ¡Qué nervioso se ha puesto porque le ha llamado libertino!

Marc. (Desde el foro vuelve la cara suplicante hacia Casto.) ¡Por Dios!, digo, adiós, don Casto.

Casto Márchese usted tranquilo.

Soc. Pero me explicarás...

Marc. En la calle, en la calle. Anda, que tenemos que hacer una visita de precisión. (Aparte, al salir.) Pero, ¿quién habrá traído aquí a Josefina?

(Se marchan por el foro.)

ESCENA X

CASTO, JOSEFINA; luego DON OCTAVIANO y FIDELA, foro

Casto (Soltando el pestillo y dejándose caer sobre una silla que hay junto a la puerta.) ¡No puedo más!

Jos. (Sale como un tiro.) ¡Canalla, falso! (A Casto que la sujeta por la falda.) ¡Suélteme usted!

Casto No; espere usted, que ahora vuelve.

Jos. ¡Qué ha de volver!... ¡Ladrón, ladrón! No mereces otro nombre.

Casto Déjese usted de canciones y escuche...

Jos. (Llorando de rabia.) ¡Era verdad! ¡Me engañaba! ¡Me engañaba!... (Pronta a desmayarse.) ¡Ay, Don Casto de mi corazón!

Casto Serénese usted.

Jos. ¡No puedo, no puedo! (Desprendiéndose de los brazos de don Casto y corriendo hacia el foro.) ¡Yo le araño delante de su mujer! (Al llegar al foro aparece don Octaviano, y Josefina, sin fijarse, se lanza sobre él golpeándole.) ¡Ah! ¡Aquí está! ¡Seductor!

Octav. (Asustado.) ¡Caracoles!

Casto ¡El casero!

Octav. (Huyendo hasta el proscenio.) ¡Socorro! ¡Que me matan!

Jos. (Deteniéndose sorprendida.) ¡Ah, no es él!

Octav. (Chillando asustado.) ¡Esta señora está loca!... ¡Socorro!...

Casto Calle usted, don Octaviano, que es un error.

Jos. Sí, caballero; me he equivocado.

Octav. ¿Equivocado? ¿Pues dónde querría darme el puñetazo?

Fidela (Sale foro.) ¿Voces que te das? ¿Socorro que se piden? ¿Qué ocurre, pues?

Casto (A Fidela.) Nada; no es nada. Márchese usted.

Jos. (Cayendo sobre una silla.) ¡Soy muy desgraciada!

Octav. Pero, ¿qué culpa tengo yo?

Fidela (Aparte.) ¿Casero que se está de pelea con la joven de antes? ¿Si cómplise le será? Cuando llegue mi novio se lo digo para que venga de sorpresa.

Casto Márchese, Fidela; usted no debe presenciar estas escenas.

Fidela Bay, bay. (Aparte.) Sí que te lo digo a Cirilo cuando venga. (Se marcha foro.)

Casto Disimule usted, don Octaviano; es una señora de la Junta, que acaba de sufrir un desengaño tremendo y creyó que usted era el culpable.

Jos. (Vacilante.) (Ay, no puedo más! ¡Yo muero!)

Octav. (Mirándola.) ¡Caray, qué lástima!

Casto (A Josefina.) ¡Calma, calma! ¡No se desmaye usted, por lo que más quiera!

Octav. En mala ocasión he venido para firmar el contrato. Volveré a otra hora.

Casto No, no se marche; esta señora se retira en seguida, ¿verdad? (A don Octaviano.) Pase usted ahí (Segunda derecha.), a la sala de Juntas, y vaya llenando el documento.

Octav. No tarde mucho, que a mi señora no le agrada verme fuera de casa.

Casto En seguida despacho.

Octav. (Al marcharse, mirando a Josefina.) ¡Qué lástima! ¡Y es bonita!... Yo no sé cómo hay hombres que se atreven a engañar a una pobre mujer... ¡Con el genio que tienen!... (Se va por segunda derecha.)

Casto (A Josefina.) ¿Se le va pasando?

Jos. No, señor. Necesito vengarme de ese libertino. ¡Avergonzarle! ¡Armarle un escándalo delante de todo el mundo! Porque yo soy muy decente. ¡Sí, señor; muy decente! ¡Muy decente! (Casi llorando.)

Casto (Sosteniéndola en sus brazos.) ¡Ya lo sé, pobre cordera, ya lo sé! ¡Pero no se aflija, tranquilícese! ¡Vamos, vamos... pobre alondra deslumbrada!...

Jos. (Llorando abrazada a él.) ¡Muy decente!... ¡¡Muy decente!!

ESCENA XI

JOSEFINA, CASTO y CIRILO, foro

Cirilo (Al verlos abrazados.) ¡Muy decente!

Casto (Volviéndose sorprendido.) ¿Eh?

Jos. (Al verle.) ¡El guarda del Retiro! (Se marcha corriendo por el foro.)

Cirilo (Estupefacto al ver a con Casto.) ¡El señor del Angel Caído!

Casto (Loco de terror.) ¡El guarda aquí!... ¡Ya se ha descubierto toda la verdad!

Cirilo (Con reproche.) ¡Parece mentira, don Octaviano, que ni siquiera respete usted el honesto hogar de sus inquilinos!

Casto (Sorprendido.) ¡Pues no se ha descubierto!

Cirilo (Creyendo que se refiere a que no se ha quitado el sombrero al entrar.) ¡No me he descubierto porque no me ha dao lugar la indinación! Pero sin descubrirme, respecto más a don Casto que usted siendo dueño de la casa.

Casto (Aparte.) ¡Me cree el casero! ¡No sabe nada todavía! (Alto.) ¿Y a qué viene usted aquí?

Cirilo A hablar con don Casto de un asunto.

Casto ¿Don Casto, eh? Don Casto no está visible.

Cirilo ¿Desde cuándo?

Casto Desde hace media hora. Acaba de meterse en la cama muy enfermito.

Cirilo Está bien; pues volveré. Y usted y yo ya nos veremos en el Juzgado.

Casto ¿En el Juzgado?

Cirilo Sí, señor. Ahora mismo acaban de dejarle a usted en su casa la citación, y mañana comparecerá ante el señor Juez para declarar como acusado de ataques a la moral pública en el Angel Caído.

Casto ¿Y dice usted que han llevado la citación?

Cirilo Ahora mismo.

Casto (Aparte.) Pobre don Octaviano, hay que salvarle. (Alto.) ¡Oiga usted, guarda; celoso guarda! ¿Qué sueldo le da el Municipio?

Cirilo Tres veinticinco con descuento.

Casto Pues yo le ofrezco un duro diario, y además la portería de esta casa...

Cirilo ¿Qué dice usted?

Casto Que lo coloco. Me ha sido usted simpático y no quiero que pille un reúma en el Retiro.

Cirilo ¿Lo dice usted en serio?

Casto ¿Cómo en serio? ¡En drama si es preciso!

Cirilo Portero es más descansao que guarda.

Casto Vaya. Y sobre todo, no hay necesidad de sorprender a nadie. ¿Qué contesta usted?

Cirilo Que yo aceptaría si consiguiera usted que don Casto me diese el dote pa casarme.

Casto También me comprometo a conseguirlo.

Cirilo ¡Es usted un caballero!

Casto Y a la novia le regalo el traje de boda.

Cirilo ¡Es usted un maznate!

Casto Yo me comprometo a todo, si ahora mismo va usted al Juzgado y dice que lo de ayer fué un exceso de celo, y que le devuelvan el reloj de pulsera, porque se trata de un recuerdo de familia. (Dándole un billete de cinco duros.) Tome usted por el hallazgo.

Cirilo (Guardándose el billete.) ¡Es usted un sinvergüenza!

Casto ¡Guarda!... ¡Y se lo guarda!

Cirilo Sí, señor. Usted es un calzonazos que no puede cumplir lo que me ofrece porque en cuanto lo supiera su señora le molía a golpes.

Casto ¿Mi señora?

Cirilo Así como sona. Todo esto lo hace para sobornarme, porque sabe usted que don Casto se marchará de esta casa en cuanto se entere de su conducta. Y si yo aceptase sería capaz de denunciarme al Juez por pevaricador y echar a mi novia a la calle.

Casto ¿A su novia?

Cirilo La Fidela, criada de ese santo varón.

Casto (Aparte.) ¡Es el novio de la Fidela!

Cirilo Conque hasta mañana Y que le coste a usted que es muy poco este billete para sonsacar a un guarda del Retiro. (Se marcha foro.)

Casto He introducido la extrema izquierda. Pero, ¿quién había de suponer que era el novio de mi criada?

ESCENA XII

CASTO y DON OCTAVIANO, segunda derecha

Octav. (Trae un pliego) ¿Tiene usted ahí mi cédula para poner el número en el contrato?

Casto (Aparte.) ¡Mi víctima! (Alto) ¿La... cédula? ¿Dice usted la cédula? (Aparte.) ¿Cómo le entretendría yo para que no fuese a su casa?

Octav. ¿Acaso se olvidó de sacarla ayer?

Casto ¿Olvidarme? ¡Quia! La saqué, la saqué. (Registrándose.) Pero creo que la metí en otro saqué.

Octav. (Disponiéndose a marchar.) Bueno; pues ya me la llevará usted a casa.

Casto No, no; espere usted. Aquí la tengo. (Se la entrega.) ¿No quiere usted tomar un refresquito?

Octav. Muchas gracias. A mi mujer no le gusta que tome nada fuera de casa.

Casto (Insinuante.) ¡Vamos! Que ya tendrá usted por ahí alguna distracción a espaldas de su señora...

Octav. ¿A espaldas? ¡Pero si casi siempre estamos juntos!

Casto ¡Casi siempre! (Aparte.) Este hombre es un mártir

Octav. ¿Decía usted?...

Casto Nada, nada. (Aparte.) ¡Y yo soy quien va a colocarle la aureola, estoy seguro!

ESCENA XIII

DON OCTAVIANO, CASTO; DOÑA ELZEARIA y FIDELA, foro

Elzea. (Dentro.) Deje usted, no me anuncie. Quiero sorprenderle.

Octav. Ahí está mi mujer. Pero ¿por qué dará esas voces?

Casto (Aparte.) ¡La hecatombe! ¡Ya esta aquí la citación!

Octav. (A doña Elzearia que aparece seguida de Fidela.) ¿Qué te ocurre, ovejita mía?

Elzea. Caballero, deje usted los sustantivos lana-

res y despectivos... Y usted, don Casto, vaya preparando mi sillón en la Directiva.

Octav. ¿Qué dices?

Casto (Hipócritamente.) ¿Qué sucede, doña Elzearia?

Elzea. ¡Que he ganado ese sillón!

Octav. ¿En alguna rifa benéfica?

Elzea. Silencio, calavera... ¿Dónde estuvo usted ayer tarde? Responda en seguida.

Octav. ¿Ayer tarde?

Elzea. Después de la merienda.

Octav. ¿Después de la merienda?

Elzea. ¡Cavila, inventa! Pero no ocultarás a mis ojos la verdad.

Octav. ¡Ah, ya recuerdo! Vine aquí para hacer a don Casto un encarguito...

Casto Muy cierto.

Elzea. ¡Mentira! ¿Y luego?

Octav. Me fuí a dar un paseíto por el Retiro hasta después de anochecido.

Fidela Verdad que te dises.

Elzea. Calle usted.

Casto ¿Al Retiro? (Aparte.) ¡Desdichado!

Elzea. ¿Y sabe usted cuál ha sido el resultado de ese paseo?

Octav. Un poco de reúma. La tarde estaba algo fresca y como me quedé dormido en un banco...

Elzea. ¡Usted sí que está fresco! (Alargándole un papel.) ¡Vea usted lo que se acaba de recibir en nuestra casa!

Octav. ¿Qué es eso?

Elzea. Una papeleta del Juzgado Municipal, citándole a juicio como acusado de un atentado a la moral pública.

Octav. ¿Eh, qué dices?

Casto (Aparte.) ¡Ya está aquí la aureola!

Octav. ¡Eso es falso!

Fidela Verdad que te es. Y hase poco, guarda que te sobornar quiería, porque te vió abrasando a cómplise o así. ¡Yo misma te he visto sinco duros!

Casto (Aparte.) ¡Recirio! (Alto.) ¿Quiere usted callar?

Elzea. ¡Abrazando! ¿Oye usted, señor Gerente? ¡Ha reincidido! ¡Me parece que puedo contar con el sillón!

Octav. (Cada vez más atortolado.) ¿Yo? ¿Que yo abrazaba? Hable usted, don Casto.

Fidela No me crean al amo. ¡Capás se es de echarse culpa por salvar al otro... o así!

Octav. ¿Qué dice usted?

Fidela Yo misma te he visto, pues, enredado a golpes con ella. ¿Esto no te lo negarás?

Octav. (Enloquecido.) ¡Mentira, mentira!

Elzea. (Gravemente a Casto.) ¡Supongo que tomará usted nota de este agravio y encargará a las señoras de la Directiva que no cuelguen a mi marido...

Octav. ¿Colgarme a mí? ¡Elze, por mi vida, yo te juro...

Elzea. No tiene usted nada que jurar. Eso mañana ante el Juez.

Octav. ¿Oye usted, don Casto?

Casto ¡Calma, don Octaviano! Yo no le abandono. Aquí tiene usted mi casa y mis brazos...

Elzea. ¿Usted, usted le ampara?

Casto Y haré brillar la verdad sobre su frente inmaculada... ¡Sí!

Elzea. ¡Porque usted es un infeliz!

Casto ¡Soy... un amigo!

Octav. ¡Gracias, gracias!

Fidela ¡Un ángel que te es!

Casto ¡Caído! (Aparte.) Y que en cuanto me resbalo arrastro hasta el pedestal.

(Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un despacho en el Juzgado Municipal. Al foro, puerta que conduce a las oficinas. A la izquierda, otra que da al despacho del Juez. (Esta puerta tiene cerradura y llave.) Y otra a la derecha. Un brasero encendido delante de la mesa-escritorio que hay en el foro izquierda. Estantería con legajos clasificados en el foro derecha. Un sofá de anca junto a la lateral derecha. Varias sillas.

ESCENA PRIMERA

COSME, lateral izquierda; luego SAMANIEGO, foro

Cosme (Hacia adentro.) Extienda usted esas diligencias que voy a echar otra firmita al brasero. (Va al brasero y lo remueve.) ¡Uf! Es que se hiela uno en esta oficina.

Sam. Felices, señor Cosme.

Cosme ¡Bien venido, ilustre Procurador de nuestros Tribunales! ¿Qué le trae por aquí tan temprano?

Sam. A firmar unos desahucios.

Cosme Ahí tiene usted a Mendizábal. (Señalando a la primera derecha.)

Sam. (Pasa por delante de la mesa y toma un relojito de pulsera que hay sobre unos papeles.) ¡Hombre, bonita pulsera!

Cosme La ha traído un guarda del Retiro que la encontró momentos después de sorprender a una parejita.

Sam. Y supone que pertenece a la señora, ¿no?

Cosme Así debe ser, porque como escapó a correr

en cuanto llegó el guarda, no pudo detener más que al caballero.

Sam. ¡Ja, ja! Tiene gracia.

Cosme Pues no se la veo. A esos sátiros se les debería mandar a presidio para que escarmentasen.

Sam. (Volviendo a mirar la pulsera.) ¡Ah! Tiene un retrato. ¿Es del acusado?

Cosme El guarda dice que no. Tal vez sea del marido de esa señora, porque hay cada casadita que enciende el pelo.

Sam. (Mirando el retrato con gesto de sorpresa.) ¡Demontre! Si es él. ¡El!

Cosme ¿Le conoce usted?

Sam. ¡Vaya! Es Marcelino. ¡Este retrato es suyo, no me cabe duda!

Cosme ¿Quién es ese Marcelino?

Sam. Marcelino Valdivieso... Un punto fuerte de juerga. Intimo amigo mío.

Cosme ¿Y le engaña su mujer?

Sam. ¡Su mujer! Sí, es decir... ¡Su mujer! Ahora me explico lo de ayer tarde. Este reloj es de la señora de aquel estafermo.

Cosme ¿Quiere usted hacer el favor de hablar claro?

Sam. Indudablemente iría a verse con otro en el Angel Caído, después de dejarme a mí en el Parterre. ¿Y quién será ese otro?

Cosme (Nervioso.) Pero ¿qué conjeturas son esas?

Sam. Señor Cosme, ¿cómo se llama el acusado?

Cosme ¿El del Angel Caído? Voy a ver. (Se dirige a la estanteria y toma un legajo.)

Sam. (Aparte, paseando.) ¡La han sorprendido con otro! ¡Y tanto presumir de virtuosa conmigo! ¡Cuando digo que lo que a mí se me escape!

Cosme (Leyendo sobre la mesa.) Aquí está. Se llama... Octaviano Torrejón.

Sam. No sé quien es. (Aparte.) Lo dicho, con otro. (Alto.) Pero conozco de sobra a su... vamos, a la fugitiva.

Cosme O sea la esposa de ese Marcelino Valdivieso.

Sam. Sí, justo. La esposa. Menuda señora. Un marido engañado, un amigo también engañado y servidor haciendo el indio durante veinte días. ¡Para que se fíe uno de las señoras imposibles!

Cosme De manera que el marido...

Sam. Sí, hombre, sí; ¿Y quién será este Octaviano Torrejón? Me gustaría conocerle.

Cosme Ya le llamaré a usted cuando se presente.

Sam. (*Señalando a la lateral primera izquierda.*) Aquí estoy. Voy a firmar esos desahucios... ¿Octaviano Torrejón? ¿Será también amigo de Marcelino? (*Entra por la lateral izquierda.*)

Cosme (*Mirando el retrato del relojito antes de guardarlo en el cajón de la mesa.*) ¡Hay personas que llevan su sino escrito hasta en el retrato! De manera que la mujer de este idiota... ¡Los hay esmaltados!

ESCENA II

COSME y CASTO, lateral derecha

Casto ¿Se pueds?

Cosme (*Guardando el reloj.*) ¿Qué desea usted?

Casto ¿El señor Juez?

Cosme No ha venido. Espere usted en ese pasillo.

Casto ¿No ha venido? Lo celebro. ¿Es usted el secretario?

Cosme Interino. ¿Qué se le ofrece?

Casto Hablarle del proceso verbal que se sigue a don Octaviano Torrejón, por supuesto atentado a la moral pública.

Cosme ¿Usted es el acusado?

Casto No, señor. Yo soy Casto del Todo.

Cosme ¡Qué raro!

Casto Gerente consejero de la moralizadora agrupación «Los Angeles Caídos».

Cosme (*Levantándose al oirle.*) ¡Usted! ¿Usted es ese monumento de altruismo?

Casto ¿Cómo?

Cosme ¡Ese consuelo de las esposas afligidas! ¡Ese mártir del dolor ajeno?

Casto ¿Pero usted, cómo sabe?...

Cosme Soy hermano de doña Justa la secretaria.

Casto ¿Es posible?

Cosme Y hay que oir cómo habla de usted esa muchacha!

Casto (*Con modestia.*) Doña Justa exagera.

Cosme Poco debe ser, cuando esta mañana me ha dicho que la Junta ha acordado entregar a usted cinco mil pesetas, como premio a su vida austera y a los sacrificios que lleva hechos a favor de la Agrupación.

Casto ¡Por fin lo han acordado! ¡Gracias, San Alejo!

Cosme — Poco dinero es, para premiar una existencia consagrada al bien de los demás y al cultivo de la moral en toda su pureza.

Casto — (*Aparte.*) ¡Y yo, que venía a declarar! ¡Imposible! ¡Se lo cuenta este a su hermana y... adiós pesetas!

Cosme — Conque dígame qué se le ofrece. Aquí me tiene usted dispuesto, hasta el sacrificio, por complacerle.

Casto — ¿Es posible?

Cosme — Estoy deseando demostrárselo a usted.

Casto — Pues bien. (*Aparte.*) Yo me lanzo. ¿Conoce usted el asunto del Angel Caído?

Cosme — ¿El del Retiro?

Casto — Sí, señor.

Cosme — Amigo mío. Ya me figuro a lo que viene usted.

Casto — No es fácil.

Cosme — Para mí, sí; que conozco su modo de ser.

Casto — ¿Qué dice usted?

Cosme — Usted viene a salvar al acusado.

Casto — (*Sorprendido.*) ¿Quién se lo ha dicho?

Cosme — (*Señalando al corazón.*) Este. Pero debo advertirle que se mete en un mal negocio.

Casto — No tanto. Don Octaviano es inocente.

Cosme — ¿Y usted lo cree?

Casto — Con toda mi alma.

Cosme — ¡Corazón santo! ¡Conciencia clara! ¡Alma serena! Poco conoce usted los escollos de la vida.

Casto — Diré a usted, porque los conozco deseo evitar.

Cosme — No se canse usted. Ese hombre, por esta vez, pagará una multa o irá a la cárcel.

Casto — Muy bien hecho. Que pague. Ya ve usted que no rechazo el castigo. Dígame el importe de esa multa para abonarla en el acto.

Cosme — ¿Cómo? ¿Sería usted capaz?... ¡No, señor Gerente, no. ¡Que abone el culpable! ¿Qué sería de la moral si hubiese muchos hombres como usted?...

Casto — Una birria, ya lo comprendo. Pero por una vez...

Cosme — No lo consiento. A la altura que está este asunto, hay que esperar el fallo del tribunal, que seguramente será una multa en relación con la gravedad del delito.

Casto — ¿Y si no puede pagar don Octaviano?

Cosme — Irá a la cárcel.

Casto — (Desmayándose) ¡Ay, Dios mío!

Cosme — ¡Qué! ¿Qué le sucede?

Casto — (Limpiándose el sudor.) ¡Nada; un vahido!

Cosme — (Aparte.) ¡Cómo siente el dolor ajeno! ¡Tiene razón mi hermana! ¡Es un santo varón!

Casto — (Aparte.) ¡Pobre don Octaviano! ¡En la cárcel ¡Y a la salida, los arañazos de su mujer! ¡Ay, si no fuera por la Gerencia!

ESCENA III

COSME, CASTO y DON OCTAVIANO, lateral derecha

Octav. — (Asomando la cabeza.) ¿Qué? ¿Se arregla eso o no se arregla?

Cosme — ¿Eh? ¿Quién es ese señor?

Casto — No... nadie... (A Octaviano.) Márchese usted don Octaviano, se lo suplico!

Cosme — ¡Ah! ¿Este es el denunciado?

Octav. — (Casi llorando.) ¡Inicuamente, señor Juez; porque yo soy inocente!...

Cosme — (Con mal modo.) ¡Yo no soy el señor Juez! Soy el oficial de secretaría.

Octav. — Pues bien, señor oficial de secretaría. Haga usted constar en el proceso, que soy víctima de un error judicial.

Casto — Sí, señor; es una víctima.

Cosme — No se canse usted, don Casto, no se canse usted, Octaviano Torrejón. El juzgado tiene ya una prueba de su falta.

Octav. — ¡Eso no es cierto! ¡A mí no me ha sorprendido nadie en el Angel Caído en compañía de una señora!

Cosme — ¿De una señora, eh? ¡Ya empieza usted a confesar.... Siga usted, siga usted.

Octav. — ¿Cómo confesar? ¿Estoy citando el hecho. Y sobre todo, vamos a ver: ¿quién me ha denunciado?

Cosme — El guarda del Retiro, Cirilo Laguía.

Octav. — Pues bien; que venga Laguía a ver si se atreve a sostener su acusación en mi presencia...

Cosme — No tenga usted cuidado, ya se presentará.

Casto — No insista usted, don Octaviano; no insista usted, y evítese la presentación de Laguía.

Octav. — Pues ya lo creo que insisto.

Cosme Vanamente; porque el Juzgado conoce ya hasta el nombre de su acompañante.

Octav. ¿Que conocen ya a mi acompañante?

Casto (Aparte.) ¡Recirio! (Alto a Cosme.) ¿Quién lo ha dicho?

Cosme (Enseñando el reloj-pulsera.) Esta prenda.

Casto (Aparte sorprendido.) ¡El reloj de Josefina!

Cosme (A Octaviano que examina el reloj.) ¿Eh? ¿Niega usted todavía?

Octav. (Mirando el retrato.) ¿Y esta es mi acompañante?

Cosme ¡Que lo dejó al huir en el lugar del hecho!...

Octav. ¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Fíjese usted amigo don Casto! ¡Fíjese usted!

Casto (Tomando el reloj.) ¿A ver?

Octav. ¡Un retrato de caballero! ¿Y dicen que este fué mi acompañante!

Cosme Ese retrato es de don Marcelino Valdivieso, marido de la señora que anteayer sorprendieron con usted al pie de la estatua del Angel Caído.

Casto (Aparte.) ¡Recirio! ¡Otra complicación!

Cosme (A Octaviano.) ¡Atrevase usted a negar ahora!

Octav. Pero ¡Dios mío! ¡Yo me voy a volver loco! ¡Yo haciendo el amor a una señora casada! ¡Yo enamorado de un retrato de caballero! ¡Esto es inicuo!

Casto (A Cosme.) ¿Pero quién ha dicho el nombre de este señor? (Por el retrato.)

Cosme La casualidad, que siempre se pone de parte de la ley. El culpable, deja siempre un rastro, hilo de luz que conduce al completo esclarecimiento de la verdad!...

Casto Pues esta vez lo ha enredado todo ese hilo. ¡Esa señora es inocente!

Octav. ¡Y yo también, señor oficial primero de secretaría; y yo también!

Casto ¡Y este señor también, yo lo juro!

Cosme Amigo don Casto. Es usted sobradamente conocido, para que no sepamos, que sería capaz de dar su vida por salvar a un culpable...

Casto ¡Que le juro a usted que no! ¡Que esa señora no ha estado nunca en el Angel Caído!

Octav. ¡Ni yo tampoco, señor oficial primero de secretaría; ni yo tampoco!

Cosme Eso ya se lo dirá a usted el guarda. Ahora, tengan la bondad de pasar a ése corredor,

(Al foro.) y esperar a que le llamen para declarar.

Octav. Pero ¿qué voy a declarar si no sé nada?

Cosme Mal camino escoge usted. Eso de no sé nada está mandado retirar hace muchísimo tiempo. Pasen ustedes.

Octav. (Dirigiéndose al foro con don Casto.) ¡Ay, amigo mío! ¡Yo muero de esta!

Casto (Aparte.) ¡Y yo de la otra! Es decir, por culpa de la otra; porque: ¿cómo me delato yo sin descubrir a Josefina? (Alto.) No se apure usted, don Octaviano, no se apure...

Octav. Pero es que yo soy inocente...

Casto Y yo.

Octav. ¿Eh?

Casto Y yo lo creo, sí, señor. Y yo lo creo. (Se marchan foro.)

ESCENA IV

COSME, SAMANIEGO, lateral izquierda. Luego MARCELINO. lateral derecha

Cosme (Abriendo la puerta de la izquierda y llamando.) ¡Samaniego! ¡Samaniego! (Moviendo el brasero.) A mí me va a engañar ese señor con su no sé nada.. ¡Vaya un idiota!

Sam. (Sale.) ¿Qué hay?

Cosme ¿No quería usted conocer al protagonista de lo del Angel Caído?

Sam. ¿Ha venido ya?

Cosme Le tengo en esa galería.

Sam. Voy a verle.

Cosme No; no entre usted. ¿Cómo le va conocer con tanta gente como hay esperando? Yo saldré y me pondré a hablar con él; dentro de un rato sale usted y se acerca. Así podrá conocerle.

Sam. ¿Le ha dicho usted que ya sabemos quién es su cómplice?

Cosme ¡Vaya! Pero el maldito se empeña en negarlo todo. Dice que no sabe de qué se le acusa.

Sam. Hombre, después de todo, hace bien. Yo haría lo mismo en su caso.

Cosme Pues no ha de valerle. Pronto vendrá el guarda y veremos si entonces persiste en su actitud. (Vase foro.)

Sam. (Solo.) En cuanto salga de aquí, voy en busca de esa señora, para decirla que a mí no hay quien me la dé con moralidad. (Al retirarse aparece Marcelino por la lateral derecha.)

Marc. Buenas tardes.

Sam. ¡Caramba! ¡Marcelino! Apropósito.

Marc. Celebro encontrarte.

Sam. Y yo que vengas. Precisamente iba a ir hoy a ver a una conocida tuya.

Marc. Ese es el motivo de mi visita. Necesito que ahora mismo, sin rodeos ni subterfugios me expliques tu presencia en aquella casa donde nos vimos ayer tarde.

Sam. Mira que pedirme explicaciones tú, que en asunto de mujeres, se te conoce por el botijo de Santander...

Marc. Puede que sea por lo regocijado.

Sam. O por lo fresco. Dicen que algunas tienen que escucharte con bufanda...

Marc. Acabemos: ¿qué hacías ayer en aquella casa?

Sam. Ya lo viste. Saludar a la familia y despedirme en cuanto te ví llegar, con más cortesía, que si me hubieran llamado para formar gabinete. Y eso que aquella señora es de la de... confianza.

Marc. ¡Cuidado con lo que dices!

Sam. Vamos, hombre; no tomes la cosa tan en serio, que referente a esa señora, puede que estemos los dos a la misma altura, respecto a lo de hacer el ridículo por ella.

Marc. ¡Samaniego!

Sam. Con la única diferencia, de que a mí, cada vez que hemos hablado, me ha salido por la canción de los imposibles, diciendo que era una mujer casada.

Marc. ¡Y lo es!

Sam. Ya lo sé. Me convencí ayer. Y allí mismo hubíera terminado la presente historia, si el día antes no hubiese sido esa señora la heroína de un suceso ocurrido en el Angel Caído.

Marc. ¿Qué estás diciendo?

Sam. Que desde ayer tienen en el Juzgado una denuncia por atentado a la moral pública en el Retiro.

Marc. ¿Y qué tiene que ver esa señora?...

Sam. Que ella es la acompañante del acusado se-

gún pruebas encontradas por el guarda en el lugar de la ocurrencia.

Marc. ¿Y dices que mi mujer?...

Sam. ¡Déjame en paz con tu mujer! ¿Acaso no sé ya que esa señora es tu amante?

Marc. ¡Te digo que es mi mujer!...

Sam. Entonces... ¿quién es aquel pasmarote que la defendía con tanto empeño antes de llegar tú?

Marc. Don Casto del Todo. El gerente de esa Sociedad que han fundado ella y varias amigas, para atraer a los maridos respectivos al domicilio conyugal.

Sam. (Dudoso.) Oye, oye: ¿No me estás tomando el pelo?

Marc. ¡Te juro que es mi señora!

Sam. (Desconcertado.) Entonces...

Marc. Entonces, tienes que decirme toda la verdad. ¿Qué suceso es ese? ¿Qué cita es esa de mi mujer con uno en el Angel Caído? ¿Qué pruebas son esas que tiene el Juzgado? Vamos, habla.

Sam. Hombre... yo no te digo que sea tu señora... Perdona... ¡quién sabe! Puede que yo esté equivocado...

Marc. No, no; déjate de equivocaciones. Tú, acabas de decir que existen pruebas de que es ella... y o tu mientes, y en ese caso disponte a perder las narices, o ella es culpable y que se disponga a perder la existencia.

Sam. (Asustado.) ¡Caray! ¡No te pongas trágico!... Déjame averiguar...

Marc. (Tranquilamente.) Las pruebas.

Sam. Deja que me convenza...

Marc. (Sin incomodarse.) ¡Las pruebas o te extrangulo!...

Sam. (Decidiéndose.) ¿Tú lo quieres? Sea. Pero conste que si te he dicho algo de este percance, ha sido porque no creía que se trataba de tu señora. (Subiendo al foro y llamando.) ¡Don Cosme! Haga el favor; un momento.

Marc. ¿Ese es el cómplice?

Sam. Ese es el oficial que tiene las pruebas que te he dicho. El cómplice creo que se llama... Octaviano Torrejón.

Marc. No le conozco.

Sam. Pero, no te precipites... puede que haya algun error...

Marc. ¡Como sea verdad que Socorro me engaña, no va a quedar títere con cabeza en esa moralizadora institución! (Pasea.)

Sam. (Aparte.) Y este lo hace. Porque cuando más tranqúilidad aparenta, es cuando le he visto hacer las mayores atrocidades.

ESCENA V

SAMANIEGO, MARCELINO, COSME, foro

Cosme ¿Ha llegado ya el señor Juez?

Sam. No. Haga usted el favor de fijarse en este amigo mío. (Por Marcelino que se detiene frente a Cosme.)

Cosme Ya está. Buenas tardes.

Sam. Se llama, Marcelino Torrejón.

Cosme (Sorprendido.) ¡El marido de la acusada!

Sam. (A Marcelino.) ¿Estás oyendo?

Marc. ¡Pronto! ¡Esas pruebas!

Cosme ¡Sí! ¡Es verdad! ¡Es el del retrato!

Sam. Don Cosme te las dará. Yo tengo que hacer y me marcho.

Marc. Tú te esperas aquí.

Sam. Perdona; el Juez acaba de llamarme por teléfono y tengo que ir a su casa...

Marc. Es que yo necesito de tí...

Sam. Ya sabes donde me puedes encontrar cuando se te ofrezca. Yo no escondo la cara... yo no escurro el bulto... yo... (Aparter.) Yo me quito de enmedio, porque a mí no me deja chato ningún esposo ofendido. (Alto.) Hasta más ver.

Cosme ¿Se marcha usted?

Sam. Sí. (Bajo a Cosme, mientras Marcelino pasea.) Y tenga usted cuidado, porque ese (Por Marcelino.) cuando parece más tranquilo, es cuando se lanza sobre uno y lo extrangula...

Cosme ¡Caray!

Sam. Voy a casa del señor Juez. Hasta ahora. (Se marcha lateral derecha.)

ESCENA VI

COSME y MARCELINO

Cosme ¡Vaya un acompañante que me deja! (A Marcelino que no deja de pasear.) Lamento en el alma que le hayan dado esa noticia, así.

Marc. Pero, ¿quieren ustedes presentarme esas pruebas de una vez?

Cosme (Aparte.) Todavía grita. No extrangula. (Alto.) ¿Qué pruebas?

Marc. Esas que se han encontrado de la culpabilidad de mi mujer.

Cosme ¡Ah, sí! El retrato de usted. (Va a la mesa; abre el cajón y saca el reloj de pulsera.)

Marc. (Deteniéndose sorprendido frente a la mesa.) ¿Mi retrato?

Cosme (Entregándoselo.) Aquí lo tiene usted.

Marc. (Sorpaendido.) ¡El reloj que regalé a Josefina!

Cosme (Guareciéndose detrás de la mesa.) ¿Se reconoce usted?

Marc. (Aparte.) ¡No era mi mujer!

Cosme (Al verle algo más tranquilo.) Le... le advierto... que esa prenda... se... se le cayó a la señora al acercarse el guarda.

Marc. (Aparte muy tranquilo.) Era Josefina; menos mal.

Cosme (Aparte.) Se tranquiliza; ahora es cuando viene la extrangulación. ¡Pobre Octaviano! (Alto.) ¿Qué.,. qué le parece a usted?...

Marc. (Tranquilamente.) Que me gustaría conocer al acompañante de esa señora...

Cosme (Asustado.) ¿Para qué?

Marc. (Casi sonriente.) ¡Para darle un abrazo por su hazaña!

Cosme (Aparte.) ¡Lo extrangula!

Marc. (Alzando la voz.) ¿Dónde está ese afortunado mortal? ¿Dónde esta ese Octaviano Torrejón, salvador de maridos comprometidos?

Cosme Pero ¿le conoce usted?

Marc. ¡Samaniego me ha dicho su nombre!

Cosme ¡Qué imprudencia! ¡Si llegan ustedes a encontrarse!...

Marc. ¡Ah! Pero, ¿está aquí? ¡Que venga en seguida!

Cosme (Aparte.) ¡Lo mata! (Alto.) ¡Caballero! Yo no

puedo consentir que en el sagrado recinto de la ley...

Marc. Pero ¿no ve usted que estoy tranquilo? (Abre la puerta del foro.) ¡A ver! ¡Que venga el acusado Octaviano Torrejón!

Cosme (Aparte.) ¡Hoy ocurre en esta oficina un crimen sensacional, por imprudencia de un procurador.

ESCENA VII

COSME, MARCELINO y OCTAVIANO, foro

Octav. (Entrando tímidamente.) ¿Me llama usted, señor Juez?

Marc. ¿Es usted don Octaviano Torrejón?

Octav. Para servirle, señor Juez.

Marc. (Aparte.) ¡Caray, qué tipo! Ya podía haberme engañado Josefina con otro más esbelto.

Cosme (Haciendo a Octaviano señas desesperadas.) ¡Esté señor no es el Juez!

Octav. ¿Que no?

Cosme ¡Es el marido de su cómplice!

Octav. ¡Yo no tengo cómplice-! ¡Yo soy inocente!

Marc. (Casi jovial.) ¡No se apure usted, hombre, y venga un abrazo!

Octav. (Deteniéndole.) ¡Lo extrangula! (Alto.) ¡Caballero, esto es un atropello!

Marc. ¡Qué atropello!... ¡Suélteme usted!

Octav. Pero ¿qué pasa?

Cosme (Asustado, a Octaviano.) ¡Huya usted! ¿No está viendo que le llama para ahogarle?

Octav. ¡Es que yo soy inocente! ¡Es que yo...

Marc. (Riendo.) ¿Usted? ¿Usted es inocente? ¡Ca! ¡A usted le ha sorprendido un guarda in fraganti delito! ¡Usted estuvo anteayer con una señora en el Angel Caído! ¡Samaniego me ha dicho la verdad! ¡Samaniego es un amigo!

Octav. ¿Samaniego?

Marc. (Abriendo otra vez los brazos.) Vamos, venga usted que quiero pagarle el favor de haberme quitado ese quebradero de cabeza!

Cosme (Deteniendo a Octaviano que va a abrazar a Marcelino.)¡No vaya usted! ¡Y usted, don Marcelino, haga el favor de reportarse...

Marc. (A Cosme, que vuelve a agarrarse a él.) ¡Pero, suélteme usted, hombre!

Octav. ¡Ah! ¿Este es don Marcelino? ¡Mi supuesto acompañante!

Cosme ¡Huya usted! ¡Evite la efusión de sangre!

Marc. ¡Que sangre! ¡Esta efusión no deja rastro!

Cosme ¡Claro! ¡Como que quiere estrangularle!

Octav. ¿A mí?

Cosme (Bajo a Octaviano.) ¡Esa calma es fingida! ¡Ese tío es un verdugo!

Octav. ¡Caracoles!

Marc. ¡No haga usted caso, y a mis brazos!

Cosme ¡Que lo mata! ¡Socorro!

Octav. ¡Esto me faltaba! ¡Morir ahogado por un verdugo!... (Sale huyendo lateral derecha.) ¡Socorro! ¡Socorro!

Marc. (Desprendiéndose de Cosme.) ¡Pero no sea usted imbécil, hombre! (Echa a correr.)

Cosme ¿Adónde va usted?

Marc. A darle un abrazo por haberme librado de un enredo que no sabía cómo quitarme de encima. (Se marcha corriendo por lateral derecha.)

Cosme ¡Lo ahoga! ¡Lo ahoga!... ¡Socorro! ¡Don Casto!... ¡Don Casto!...

ESCENA VIII

COSME, CASTO por el foro

Casto ¿Pero qué voces son esas? ¿Qué pasa?

Cosme ¡Corra usted, don Casto, corra usted!

Casto ¿Adónde?

Cosme ¡Don Octaviano, que se ha encontrado aquí con el marido de su cómplice y ha salido huyendo para librarse de sus garras!

Casto ¿El marido de su cómplice?

Cosme ¡Sí; Marcelino Valdivieso, que casualmente ha sabido que su mujer es la que estuvo en el Retiro con don Octaviano, y con una calma aterradora ha salido tras él para estrangularlo!

Casto ¿Otro lío más? ¿Pero quién le ha dicho a ese señor semejante infamia?

Cosme Samaniego. ¡Samaniego que es íntimo amigo de Marcelino!

Casto ¡El perseguidor de su mujer! ¿Y estaba aquí?... ¿Y le ha dicho al otro que?... ¡Oh!

¡Yo debo evitar este conflicto!... ¡Yo debo decir la verdad aunque me cueste la vida!... ¡Yo debo buscar a Marcelino y decirle que lo de su mujer es una invención! ¡Que lo de don Octaviano es un lío y lo de Samaniego es una fabula!... ¡Conozco mi deber! ¡Ahora mismo lo descubro todo, aunque me cueste la Gerencia!... ¡Señor oficial primero de Secretaría: sepa usted que el único culpable!...

Cosme ¡Déjese de sacrificios... que van a ahogar a ese pobre hombre!

Casto ¡Es verdad! ¡Corro a salvarle! ¡Dios mío! ¡Socorro culpable! ¡Marcelino agresivo! ¡Don Octaviano pidiendo socorro! ¡Corro en socorro de ese mártir!... (Se marcha corriendo lateral derecha.)

Cosme ¡Tiene razón mi hermana! ¡Este hombre nace en tiempos de Nerón y hoy figura en el calendario entre los innumerables Mártires de Zaragoza! ¡Es mucho don Casto del Todo! (Se sienta a la mesa.)

ESCENA IX

COSME, DOÑA ELZEARIA y SOCORRO, por el foro

Elzea. Muchas gracias, expresivo amanuense; ya vemos la ruta. Pase usted, Socorrito.

Soc. Pero, ¿a qué ese empeño en que yo presencie...?

Elzea. Lo exijo. Usted es la presidenta de «Los Angeles Caídos», y necesito que refiera a sus compañeras de Junta lo que suceda aquí esta tarde.

Soc. Pero si parece un sueño. Un señor tan dócil como dice usted que era su marido...

Elzea. Pues me ha resultado rebelde. Ya he notado yo que hace varias noches, durante su sueño, pronunciaba ciertas incoherencias, que me obligaba a despertarle a pellizcos.

Cosme (Levantándose) Señoras...

Elzea. ¡Ah! ¡Un leguleyo! ¿Es usted el señor Juez Municipal?

Cosme No, señora. Soy oficial de este Secretaría.

Elzea. Percatada. Pues una servidora es la esposa del procesado en el asunto del Retiro.

Cosme ¿La señora de don Octaviano Torrejón?

Elzea. Exacto. ¿Dónde está ese monstruo de deslealtad?

Cosme Hace cinco minutos, aquí. En este momento tal vez al lado del Señor.

Elzea. ¿Del señor Juez?

Cosme ¡Del Juez Supremo!

Soc. ¿Qué dice usted?

Elzea. No divague, cultísimo oficial, y exprésese con claridad.

Cosme Digo, que don Octaviano ha salido de aquí huyendo del marido de su cómplice, que trataba de ahogarlo en mi presencia.

Soc. ¿A don Octaviano?

Elzea. ¿Asfixiar a mi marido?

Cosme Ahogarlo, ahogarlo... Y con una calma, con una sangre fría aterradora ha salido corriendo tras él dispuesto a cumplir su amenaza.

Soc. ¡Corra usted, doña Elzearia; salve usted a su marido!

Elzea. ¡Ca! ¡Ese no muere a manos de nadie: le conozco bien!

Cosme ¡Usted no sabe cómo le perseguía aquel hombre!

Elzea. Y usted ignora lo que corre mi marido cuando le van a pegar.

Soc. Sin embargo, doña Elzearia, debe usted ir en su busca... los hombres, a veces... A mi marido le ocurre lo mismo: huye ante el peligro; pero cuando se ve muy comprometido hay que ver la sangre fría con que ejecuta las mayores atrocidades.

Elzea. No quiero contrariar a ustedes. Después de todo es mi deber. Iré y procuraré arrancarlo de las garras de ese señor. Pero será para cogerle entre las mías y traerlo aquí a pescozones... si lo encuentro; porque ese es capaz de aprovechar este incidente para evitar mis arañazos delante del señor Juez Municipal. (A Socorro) Espéreme usted aquí.

Soc ¿Tardará usted mucho?

Elzea. Dado el peso de mi marido, todo el tiempo que necesite para traerle arrastrando. ¡Menudo tute voy a darle! (Se marcha lateral derecha)

Cosme ¡Pobre señor! ¡Acusado por el marido y arrastrado por la mujer!... ¡Hoy hace las diez de últimas!

ESCENA X

SOCORRO y COSME

Soc. Comprendo que las personas se cieguen cuando las engañan tan inicuamente.

Cosme Y yo. ¡Aunque me parece preferible la actitud del esposo ofendido! ¡Si lo hubiera usted visto como yo, tranquilo, sonriente, alargando sus brazos para ahogar entre ellos al culpable!... ¡Es mucho Marcelino Valdivieso!

Soc. ¡Ah! ¿Conoce usted a Marcelino?

Cosme Desde hace un momento. Me lo ha presentado Samaniego, que es íntimo amigo suyo.

Soc. ¿Samaniego? ¿Pero está aquí Samaniego?

Cosme Sí, señora; y él es quien le ha dicho a don Marcelino lo de su mujer.

Soc. ¿Lo de su mujer? ¿Qué dice usted?

Cosme ¿Pero usted no sabe que esa señora es la protagonista del suceso del Retiro?

Soc. ¿Cómo, cómo?

Cosme ¡Se lo ha dicho el mismo Samaniego, que según parece la conoce muchísimo!

Soc. ¡Me ha vendido el muy canalla!

Cosme ¿A usted?

Soc. Sí, señor. ¡Yo soy la señora de Marcelino!

Cosme ¿La del Angel Caído?

Soc. ¡La de los Angeles Caídos querrá usted decir!

Cosme (*En el colmo de la sorpresa.*) ¡Usted!

Soc. Soy la Presidenta de esa Agrupación, y aunque es cierto que estuve en el Retiro con ese señor, nuestra entrevista no tuvo nada de reprochable.

Cosme El guarda dice que sí.

Soc. ¿Qué guarda?

Cosme Cirilo Laguía asegura que sorprendió a usted en brazos de su cómplice, y que usted huyó al verle llegar, dejando abandonada esta prenda en el lugar de la ocurrencia.

Soc. ¿A ver? (*Tomando el reloj de pulsera que Cosme ha sacado del cajón.*) ¡Esta alhaja no me pertenece!

Cosme Pero ese retrato sí, es de su marido.

Soc. Sí... Es él... ¡El!... ¡Marcelino!

Cosme Y esta pulsera no cabe duda que es de señora.

Soc. Sí... sí... de señora...

Cosme ¡Y usted es la que estaba en el Angel Caído a la caída de la tarde a punto de caer en brazos del acusado, cuanpo éste cayó en poder del guarda!

Soc. ¡No, señor! ¡Yo no he caído!... Pero... ¡Ahora caigo!... ¡Esta mujer debe ser alguna amante de mi marido! ¡De mi marido, que me engaña mientras huyo de las asechanzas de sus más íntimos amigos... ¡Ah! ¡Ya tengo la certeza de mi desgracia! ¡Me vengaré! ¿Dice usted que está ahí Samaniego?

Cosme No; creo que ya se ha marchado.

Soc. No me lo niegue usted. Necesito hablarle inmediatamente.

Cosme ¿Qué va usted a hacer?

Soc. Ahora lo sabrá.

Cosme ¿Va a añadir otro delito al que ya pesa sobre usted?

Soc. Repito que yo no soy la del Angel Caído; pero en vista de la conducta de Marcelino estoy al caer. Llame usted a Samaniego.

Cosme Veré si aún está. Pero me permito recordarle que aquí no estamos en el Retiro. (Aparte.) (¡Vaya una Presidenta que tiene la Agrupación! Se lo diré a mi hermana!) (Vase foro.)

Soc. En cuanto vea a Samaniego le obligaré a que me diga quién es esa señora que distrae a Marcelino, y así que me entere dónde vive, reuno a las señoras de la Junta, vamos a su casa... ¡y la catástrofe!

ESCENA XI

SOCORRO y CASTO, lateral derecha

Casto No encuentro a don Octaviano por ninguna parte... (Viendo a Socorro.) ¡Ah! ¡Soçorrito! ¿Usted aquí? ¿Qué pasa? ¿A qué ha venido? ¿Quién la ha traído?

Soc. Me trajo doña Elzearia. ¡Y he venido para conocer la falsía de algunos hombres!

Casto (Escamado.) ¿Eh?

Soc. ¡Estoy enterada de todo! ¡He visto el retrato de Marcelino en un reloj de pulsera!

Casto ¡Recirio!

Soc. Sé que tiene una amante que han sorprendido con don Octaviano Torrejón! ¡Sé que están procesados! ¿Quiere usted más detalles?

Casto Yo, no.

Soc. Pues yo necesito más.. ¡Quiero conocer a la dueña de ese relojito para romperle el esmalte en la cara!

Casto ¡Serénese usted, Socorrito!... ¿Quién sabe si esa pobre muchacha es también una víctima?

Soc. ¿Una víctima que se deja abrazar en pleno Retiro por un viejo verde?... ¡Esa es una fresca! ¡Y yo voy a decírselo hoy mismo en su cara!

Casto Pero, ¿va usted a ir a verla?

Soc. Sí, señor. Con doña Elzearia y con Justa, con Agata y con doña Candelas...

Casto Comprendo. Va usted a soltarle cuatro frescas.

Soc. No sé. Depende de las circunstancias.

Casto Socorrito... yo creo... que usted no debe rebajarse hasta ese extremo.

Soc. ¿Cómo que no?

Casto No, señora. Déjeme a mí; yo indagaré... yo me cercioraré...

Soc. ¿Usted? Usted lo que haría es procurar arreglarlo todo buenamente, y mi dignidad no se conforma con arreglos. Mi amor propio exige venganza... ¡Y me vengaré... no le quepa a usted duda!

Casto ¿Vengarse? No, Socorrito. ¡La venganza es un placer muy amargo!

Soc. La venganza es un flan de vainilla por lo sabrosa. Y como tengo muy cerca quien me ayude a realizarla, dentro de media hora habré...

Casto ¿Quién la ayude? ¡No cuente usted conmigo!

Soc. Ya lo sé; por eso he mandado llamar a Samaniego.

Casto ¡Ah! ¿Pero sabía usted que estaba aquí?

Soc. Acabo de enterarme, y como él ha sido quien provocó este conflicto, él será quien me dé la solución.

Casto Socorrito, por Dios, tranquilícese; déjese de venganzas; márchese a casa, y yo hablaré con Samaniego.

Soc. ¡Que no! Y como ya tarda en llegar, voy a buscarle ahora mismo por todas partes.

Casto (Deteniéndola.) ¡No, Socorro! ¡Acuérdese de los «Angeles Caídos»!

Soc. No quiero acordarme de nada más que de mi venganza. ¡Suélteme usted!

Casto (Casi abrazado a ella.) ¡Nunca!... ¡Venga usted conmigo a la calle! ¡El aire la despejará!

Soc. (Abrazada a don Casto y señalando al foro.) ¡No, ahí... ahí!.. ¡Adonde está mi vengador! ¡Samaniego! ¡Samaniego!

Casto ¡Calle usted! ¡A la calle! ¡A la calle!

Soc. (Casi llorando en brazos de don Casto.) ¡No! ¡Ahí!... ¡Ahí!... ¡Ahí!...

ESCENA XII

SOCORRO, CASTO y CIRILO, lateral derecha

Cirilo (Deteniéndose sorprendido.) ¡Demontre! ¡Una pareja abrazándose!...

Soc. (Desvariando y cayendo sobre una silla.) ¡Ahí!... ¡Ahí!..

Casto (Petrificado.) ¡El guarda del Retiro!

Cirilo ¡El del Angel Caído con otra!... ¡Pero este señor no pierde ripio!

Casto Pero diga usted, guarda: ¿Es que le avisan por teléfono?

Soc. (Llorando y tapándose la cara con el pañuelo.) ¡Ahí!... ¡Ahí!...

Cirilo (Con mal modo.) ¡Es que usted es un aprovechao! ¡Ya hablaremos delante del señor Juez!... ¡Y a ver si se atreve usted a negar ahora que también le he pescado en freguantes...

Casto (Aparte.) (¡Este guarda es mi ruina!)

Cirilo Le advierto que acabo de decirle a don Cosme lo de los cinco duros del hallazgo.

Casto ¿También eso?

Cirilo Es una prueba más que añadiremos al sumario. Tentativa de soborno en la persona de un guarda, que sumadas a las otras son cuatro tentativas, de las que no tienen arreglo.

Casto ¡No lo tiene! ¡No lo tiene! (Aparte.)

Cirilo Conque ya sabe, don Cosme, que ahí dentro espero. (Señalando a lateral izquierda. Aparte al

marcharse.) Pero, ¿dónde buscará este señor unas mujeres tan guapas que se dejan abrazar en privao?... (Solemne, desde la puerta, antes de desaparecer.) ¡Hasta la hora del careo! (Se va.)

Casto ¿El careo? Te vas a ver negro. (Corre a la puerta y echa la llave.) ¿Dónde meto esta llave que no den con ella?... ¡Ah, aquí! (La mete entre la ceniza del brasero.) Así gano tiempo para llevarme a esta señora.

Soc. (Gimiendo.) ¡Ay!

Casto Vamos, Socorrito, créame. La dejeré en un coche y a casa. Allí podrá usted reflexionar.

Soc. He dicho que no. Necesito ver a Samaniego, y de aquí no me muevo hasta que venga.

Casto ¿Y quién la deja sola para que consume esa barbaridad?

ESCENA XIII

SOCORRO, CASTO y OCTAVIANO, lateral derecha

Octav. ¿Se ha marchado ya ese verdugo?

Casto ¡Atiza! ¡Don Octaviano! ¿De dónde sale usted?

Octav. No puedo decirlo. He estado encerrado huyendo de un marido que quería estrangularme, y asfixia por asfixia he preferido la de mi encierro.

Soc. ¡Ah! ¿Este señór es don Octaviano?

Octav. Servidor.

Soc. Entonces, usted... usted puede servir también para llevar a cabo mi venganza.

Casto Socorrito, ¿pero está usted loca? ¡Don Octaviano, no la haga usted caso!

Soc. Sí, usted es el que sorprendieron con la amante de mi marido.

Octav. ¿Yo? ¡Mentira! ¡También soy inocente!

Soc. ¡No lo niegue usted! ¡Necesito saber quién es esa señora! Cómo se llama, dónde vive...

Octav. Pero si yo no he estado nunca en ninguna parte... si yo no conozco a nadie; si a mí me han metido en este embrollo sin comerlo ni beberlo... ¡Si eso lo ha dicho un tal Samaniego, que es quien se lo ha contado al marido!

Soc. ¡Ah! ¡Samaniego! ¡Ya comprendo!

Octav. ¿Sí? ¡Yo cada vez estoy más embrollado!

Casto ¿Qué habrá comprendido esta señora?

Soc. Eso del Angel Caído es un lío de Samaniego para descubrir a mi marido.

Casto ¡Vaya un descubrimiento!

Soc. Si está clarísimo. El fué con la amante de Marcelino al Angel Caído; él, quien ha presentado ese reloj de pulsera para que hubiera escándalo; que llegase a mis oídos la infidelidad de Marcelino y conseguir de este modo que yo le correspondiese... por despecho...

Casto ¡Que bien discurre esta señora!

Octav. ¡Tiene usted razón! ¡Yo también me convenzo! Samaniego ha sido quien ha tomado mi nombre...

Casto ¡Otro cerebro de primera!

Octav. Pero, no; no puede ser... ¿Cómo va a tomar mi nombre si no me conocía?

Casto Lo habrá elegido al azar, en el Bailly-Balliere.

Soc. No hablemos más. Sé lo que tengo que hacer.

Casto Alguna tontería.

Soc. Ir ahora mismo a casa de Samaniego; conseguir con halagos, si es preciso, que me diga toda la verdad; reunir a mis amigas; buscar a esa prójima, arañar a mi marido y venir a darle a usted las gracias, querido don Casto, por haberme colocado sobre la verdadera pista.

Casto Pues sí que es una serie de encarguitos.

Soc. ¿Qué cree usted que debo hacer primero?

Casto Apuntarlos en un papel para que no se le pase ninguno, porque corre usted peligro de terminar en Ciempozuelos.

Soc. ¿Cree usted que estoy loca?

Casto Rematada. Usted lo que debe hacer es marcharse a su casa y esperar allí los acontecimientos.

Soc. No intente usted disuadirme. He formado mi plan y no cejo. Corro a casa de Samaniego. (A Octaviano.) ¡Y usted, pobre víctima de esta miserable intriga, vaya preparando su retrato! (A Casto.) Razón tenía usted para pedir que lo colgásemos en la Sala de sesiones.

Octav. ¿A mí?

Soc. Sí. Lo colgaremos en el lugar preferente, haciendo pendant a San Alejo. (Se marcha lateral derecha.)

Octav. Es que yo no quiero que me cuelguen. Lo que yo necesito es que mi mujer se convenza de mi inocencia ahora que estoy en camino de probarla. ¿Qué le parece a usted?

Casto Que no es ese el camino. ¿Olvida usted que hay un guarda que le acusa?

Octav. Que venga ese guarda a ver si se atreve a sostenerlo delante de mí.

Casto (Aparte.) (No, que no venga.) (Alto.) Don Octaviano, ¿quiere usted conocer mi leal opinión?

Octav. Ya lo creo.

Casto Pues déjese de guardas ni justificaciones, ¿Lleva usted dinero encima?

Octav. Dos pesetas. Mi mujer no me pasa más que ocho para el mes.

Casto No importa. Yo tengo algún dinero ahorrado; vamos a casa ahora mismo; toma usted el que necesite y se marcha al Moro. Ya le telegrafiaré cuando pueda venir sin peligro.

Octav. ¡No me voy! ¡Ahora que son dos los que creen en mi inocencia, quiero probarla ante todo el mundo!

Casto Nadie le creerá.

Octav. Mi mujer, sí.

Casto Enseguidita renuncia ella al sillón por creer en la inocencia de usted. Puede que le arañara si se lo dijesen.

Octav. Esperaré al guarda.

Casto Peor todavía. Usted no sabe lo soberbios que son esos señores. Basta que digan una cosa para no desmentirse, aunque se convenzan de su error. Y después de todo... ¿quién me dice a mí que no tiene razón el guarda?

Octav. ¡Don Casto!

Casto ¿Quién me dice que no sea usted el culpable de lo del Angel Caído?

Octav. ¡Yo no he estado nunca en ese sitio!

Casto ¿Usted qué sabe? ¿Ignora usted, querido propietario, que existe en nosotros una doble naturaleza que nos empuja a hacer precisamente todo lo contrario a nuestros gustos?

Octav. A mí no me ha empujado nadie, que yo sepa.

Casto Eso es; que usted sepa. Recuerde que se quedó dormido en un banco del Retiro; y lo mismo que los gusanos de seda se transforman en mariposas durante su sueño, ¿por qué no ha de haberse transformado usted mientras dormía?

Octav. ¡Dios mío! ¡Yo mariposeando en el Retiro sin darme cuenta!...

Casto No sería el primer caso. Pero como los Jueces no creen en segundas naturalezas, vean a un buen ciudadano; buen marido y buen amigo, envuelto en un asunto pecaminoso por exigencias de ese doble ser, que sin saberlo nosotros ejerce una influencia definitiva sobre nuestros actos...

Octav. ¡Caray! Me hace usted dudar.

Casto Es la convicción que va arraigando en su cerebro!

Octav. Me hace usted dudar, porque muchas noches tiene que despertarme mi señora, porque dice que sueño a voces unas cosas verdaderamente impropias de un casero.

Casto ¿Ve usted? ¡La doble naturaleza! ¡El desdoblamiento! ¡Usted debe marchasse de Madrid cuanto antes!

Octav. Tiene usted razón. Vámonos. Después de todo, es lo mejor. Así me evito otro encuentro con el verdugo. ¡Y sobre todo con mi mujer, que a esa no hay quien le vaya con desdoblamientos y sería capaz de doblarme de una paliza!

Casto O dejar que se pudra usted en la cárcel; porque ella no da el dinero para satisfacer la multa que imponga el Juzgado.

Octav. Es verdad. Vámonos, vámonos. (Sube al foro.)

Casto (Va al brasero y saca la llave. Aparte) ¡Me salvé! Ahora vuelvo solo, le digo a don Cosme que el culpable declara y está dispuesto a abonar la multa, y asunto terminado. Voy a abrir para que no sospechen. (Al sacar la llave se quema y da un grito.) ¡Recirio!

Octav. (Desde el foro.) ¿Qué pasa?

Casto Nada, nada. Vea usted si viene alguien. (Aparte.) ¡Está al rojo vivo! La dejaré en su sitio. (Se envuelve la mano en un pañuelo y deja la llave en la cerradura de la lateral izquierda.)

Octav. (Que está mirando por la lateral derecha.) ¡Nos caímos!

Casto (Dejando la llave en la cerradura.) ¿Qué?
Octav. ¡Mi mujer! ¡Ahí está mi mujer! (Pretende entrar en la lateral izquierda.) ¡Huyamos!
Casto (Deteniéndole.) ¡No! ¡Por ahí no! ¡Por aquí! (Se dirigen al foro y aparece Cosme.)

ESCENA XIV

CASTO, OCTAVIANO, COSME foro, DOÑA ELZEARIA lateral derecha

Cosme ¿Adónde van ustedes?
Casto A... ahí...
Octav. (Azorado.) ¿Dónde me meto? (Corriendo.)
Cosme No se puede salir. El Juez está para llegar de un momento a otro.
Octav. (Agarrando la llave de la lateral izquierda.) ¡Aquí! (Aullando al sentirse quemado. ¡¡Auauay!!
Cosme (Volviéndose) ¿Qué es eso?
Octav. ¡Mi mano! ¡Mi mano! (Al ver entrar a doña Elzearia corre al lado de don Casto.) ¡Mi mujer!
Cosme (Aparte, observando a Octaviano.) ¡Quería encerrar al guarda! ¡Este criminal está en todo!
Elzea. (A Octaviano.) ¡Por fin!
Casto ¡Calma, doña Elzearia!
Cosme Sí, calma. Este asunto se va a resolver ahora mismo. (Pasa a la izquierda.)
Elzea. ¿Qué va usted a hacer?
Cosme Llamar al guarda, para convencer a ese señor de la inutilidad de su negativa.
Casto ¿El guarda? ¡Yo me voy!
Elzea. (Deteniéndole.) No se marche usted, don Casto; quiero que presencie usted la vergüenza de ese miserable.
Octav. ¡No me abandone usted!
Casto Permítanme ustedes... yo me emociono mucho, no lo puedo remediar... Me retiro...
Cosme Es para que vea palpable la culpabilidad de su protegido!...
Casto No; si ya lo veo... lo veo claro... ¡Este hombre es un criminal!
Octav. ¿Usted también, don Casto? ¿Usted me cree criminal después de lo que hemos hablado?
Casto Yo... yo me voy. Lo siento mucho, pero me voy. Estoy convencido de que es usted culpable y no quiero presenciar su castigo.

Elzea. Basta. (A Cosme.) Llame usted al guarda y terminemos de una vez.

Casto (Deteniendo con el gesto a Cosme, que va a abrir.) ¡Un momento! Señor don Octaviano, esa actitud es deplorable. No conduce a nada. ¡Acuérdese de la doble naturaleza! Y evite que salga el guarda.

Elzea. ¡Todo te condena!

Casto ¡Todo le acusa!

Elzea. ¿Todos?

Octav. ¡Todos... menos el guarda!

Cosme El guarda me dijo hace poco que ha intentado usted sobornarlo ayer tarde, ofreciéndole cinco duros... la portería de su casa...

Octav. ¿Yo?

Cosme Y un equipo completo para su novia!

Elzea. ¡Otro intento de seducción! ¡Eres un libertino!

Octav. ¡Ea! ¡Ya no puedo más! ¡Que venga ese guarda de una vez!

Casto ¡Bah! Me asquea este hombre. Buenas tardes.

Elzea. Espere usted; seremos dos a despreciarle.

Cosme. (Que durante los bocadillos anteriores se ha acercado a la puerta lateral derecha, pone la mano en la llave.) ¡A mí me queman estos hombres! (Al sentirse la mano quemada.) ¡¡Aaay!!

Elzea. / Casto ¿Qué es eso?

Cosme ¡Me he abrasado la mano!

Casto ¡Recirio! ¡La llave! (Aparte.)

Cosme (A Octaviano.) ¡Esta es otra hazaña de usted!

Octav. ¿Mía?

Cosme ¿Cree usted que no me he fijado cuando entré en que estaba usted echando la llave a la puerta?

Octav. ¿Yo?

Cosme ¡Ha intentado usted abrasar la mano de la ley! ¡Irá usted a presidio!

Elzea. ¡Yo mujer de un presidiario! ¡¡Horror!!

Octav. (Abrazado a Casto.) ¡Yo no puedo más!

Casto ¡Pobre don Octaviano!

Cosme Pero no le valdrá su estratagema. (Se envuelve la mano en un pañuelo y abre.) Salga usted, amigo Laguía.

ESCENA XV

DICHOS y CIRILO lateral izquierda

Cirilo (Se queda en el dintel.) Servidor.

Casto (Apretándose contra Octaviano.) ¡Me morí!

Elzea. Guarda Laguía, ¿reconoce usted al acusado Octaviano Torrejón?

Cirilo (Mirando a Casto.) Sí, señor.

Elzea. ¡Eres un miserable!

Octav. (A Casto.) ¿Oye usted?

Casto Resignación.

Octav. Pero ¿qué haría usted? ¿Qué haría en este caso?

Elzea. Lo que hacen los caballeros: declarar.

Casto Eso es; yo diría de una vez...

Cirilo Ese, ese es Octaviano Torrejón.

Casto (Adelantando.) ¡Sí, yo! ¡Yo soy el acusado! Aplíquenme el castigo que merezca y vayan a cobrar la multa cuando gusten. (A Octaviano.) ¡Eso es lo que yo diría!

Cosme (A Cirilo.) ¡Por fin ha confesado!

Octav. Pero, Señor, ¿será verdad lo de la doble naturaleza?

Casto Amigo mío, acuérdese usted de los gusanos de seda.

(Cuadro y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una antesala elegante en casa de doña Justa. Dos puertas en cada lateral y una al foro. Sillería curvada. Muebls lujosos

ESCENA PRIMERA

COSME, JUSTA, DOÑA ELZEARIA y SOCORRO

Justa Pero, Socorrito, por Dios; reflexione usted.

Cosme Créame y no se amontone...

Elzea. Sí, calma. Discutamos el asunto con mucha calma, por si somos nosotras las erradas.

Soc. He dicho que no, y no. Es inútil que se cansen ustedes. Mi propósito es firme y no me convencen.

Justa Pero reflexione usted que presentarnos las señoras de la directiva en casa de esa... desgraciada ..

Soc. Si no quieren acompañarme iré yo sola.

Elzea. Eso no. Irá usted conmigo. Estoy deseando conocer a esa joven, para que me diga qué atractivos ha encontrado en Octaviano que no he apercibido yo en veinte años de matrimonio.

Soc. Además, anoche, cuando me marché de casa, le dije a Marcelino que no volvería a verme sin llevarle una prueba definitiva de su falsedad.

Cosme ¿Me permiten ustedes que como hermano

de esta señora, (Por Justa.) y como oficial del Juzgado emita mi opinión?

Soc. Diga usted lo que quiera; pero ya conoce la mía.

Cosme Ante todo, ¿sabe usted dónde vive esa joven? Porque el Juzgado ignora todavía quién es...

Soc. Todo lo sabré antes de cinco minutos. Samaniego, con quien estuve hablando ayer tarde. me prometió enterarse de todos esos detalles y venir hoy aquí para acompañarme a casa de la joven del reloj de pulsera.

Cosme ¿Samaniego? ¿Y usted cree a ese tarambana?

Soc. Le creo; porque para decidirle le he dejado entrever el premio al resultado de sus gestiones.

Justa ¡Doña Socorro!

Elzea. ¿Qué se ha atrevido usted a ofrecerle?

Soc. Mucho, para no cumplir nada. Samaniego espera que yo, por despecho, haga alguna locura, y yo estoy dispuesta a burlarme de él en cuanto me entere de todo.

Cosme ¿Y cree usted que ese va a decirle...

Soc. Hoy mismo sabré el nombre y la casa de la amante de mi marido.

Cosme ¿Por Samaniego? No lo crea usted. Ese es capaz de inventar otro lío que la comprometa a usted definitivamente. Conozco a ese tipo.

Justa Vamos a ver. ¿Le dijo usted que nosotras le acompañaríamos a esa visita?

Soc. Unicamente le dije que le esperaba en esta casa.

Cosme Pues ya está. Ese se presenta diciendo que lo sabe todo; y como comprende que estas señoras no se prestarán a ir con usted a ese sitio, se ofrece él a acompañarla, y calcule el compromiso si la ven por la calle al lado de ese tarambana.

Elzea. Discurre bien ese distinguido oficial.

Justa Reconozca usted que lo que mi hermano dice es bastante sensato.

Cosme Sobre todo conociendo a Samaniego.

Soc. ¿Y qué hago? ¿Qué hago? Porque yo quiero convencerme si esto es un enredo de Samaniego y si esa mujer es inocente, como dice don Casto.

Elzea. De eso no hay que hablar. Esa mujer es la amante de Octaviano. Esto no hay quien me lo niegue. El guarda reconoció ayer en mi marido al protagonista del suceso. ¡Lástima que no se celebrase el juicio, porque a estas horas ya estaría todo aclarado!

Cosme Mañana quedará. Hoy, ya que tanto interesa a Socorrito conocer a esa señora, y como yo no creo oportuno que sea élla quien vaya con Samaniego. si a ustedes les parece, iré yo y me enteraré de todo.

Justa Crea usted a mi hermano; mejor es que vaya él y no nosotras.

Soc. Si me promete usted contarnos toda la verdad...

Cosme Socorrito. Una placa de gramófono es un aerograma de la guerra en comparación con la veracidod de mis impresiones.

Soc. Pero, ¿y cuando venga Samaniego?

Elzea. Le recibe usted, haciéndole creer que va a ir con él a ese sitio, procurando hacerle decir antes donde vive esa señorita.

Justa Eso es. Nosotras estaremos en el comedor. (Segunda derecha.) Usted le deja un momento solo con cualquier pretexto... Viene usted. le dice a mi hermano las señas, se marcha Cosme, y cuando vuelva...

Soc. ¿Y qué hacemos de Samaniego, mientras que usted (A Cosme.) hace esas averiguaciones?

Elzea. Eso déjelo a mi cargo. Yo saldré y le diré lo que viene al caso.

Soc. ¿Usted?

Elzea. Considere que también me interesa saber quién es esa joven que me roba el cariño de Octaviano.

Justa ¡Lástima que no haya venido todavía don Casto! ¡El seguramente hubiera redondeado nuestro plan.

Soc. ¿Don Casto?

Elzea. ¿Pero aguarda usted a don Casto?

Justa Le mandé aviso esta mañana, porque anoche me asustó mi hermano cuando dijo que nuestra presidenta era la protagonista del suceso del Angel Caído.

ESCENA II

DICHOS y una CRIADA foro

Criada Señora, (A Justa.) el señor Samaniego pregunta si ya ha venido doña Socorro.

Soc. ¡El!

Elzea. ¡Pronto! ¡Quítese el sombrero!

Soc. ¿Para qué?

Elzea. Así tiene usted pretexto para dejarlo solo cuando se entere de lo que necesitamos. (Socorro se quita el sombrero y se lo entrega a Elzearia.)

Justa (A la Criada.) Dígale a ese señor que pase. (Se marcha la criada foro.)

Cosme ¿La dejamos sola?

Elzea. Procure ser breve y persuasiva.

Cosme Y entérese bien del nombre y el domicilio de esa señorita.

Soc. ¡Ay, como pretenda engañarme! ¡Lo araño!

Elzea. No; usted no arañe. Eso déjelo a mi cargo para cuando nos entrevistemos ese tipazo y yo... Porque ¡ay de él como no acceda a llevarme en su puesto! ¡Va a enterarse de lo que es una casera indignada! (Se marchan Justa, Cosme y Elzearia por la segunda derecha.)

ESCENA III

SOCORRO y SAMANIEGO foro

Sam. ¿Está usted sola?

Soc. Ya lo ve.

Sam. La he hecho esperar mucho tiempo, ¿verdad?

Soc. Según el deseo que tengo de convencerme de mi desdicha, una eternidad.

Sam. Pues cuando usted guste. Ya lo sé todo; dónde vive y cómo se llama esa señorita que le roba el cariño de su marido. Abajo tengo un coche, montamos, y en quince minutos estamos allí.

Soc. ¿Un coche? ¿Para qué?

Sam. Para... para evitar que nos vean juntos por la calle.

Soc. Es usted muy previsor.

Sam. ¿Qué necesidad tenemos de que se enteren de nuestros asuntos?

Soc. Es verdad. ¿Y dice usted que dentro de cinco minutos?...

Sam. No; quince, quince. Esa señora vive en lo más apartado de Madrid.

Soc. ¿En... el Pacífico?

Sam. No... no señora; en la Prosperidad. López de Hoyos, ¿sabe usted? La casa no tiene número; es un hotelito que hace esquina... no tiene pérdida... ¿Conque si a usted le parece?...

Soc. ¡Ay, amigo Samaniego! ¿Cómo pagar tantos sacrificios?

Sam. No... no me atrevo a presentar el recibo todavía...

Soc. Atrévase, atrévase. Ya sabe usted que mi marido le autoriza con su conducta.

Sam. ¿De modo que está usted resuelta a vengarse?

Soc. (Con doble intención.) ¿De su engaño? ¡Indudablemente!

Sam. (Emocionado.) ¡Socorrito! ¡Socorrito!

Soc. ¿Qué es eso? ¿Qué le pasa a usted?

Sam. Nada... nada; que el coche está esperando, y si tardamos nos va a pillar la noche en el camino.

Soc. No importa. De manera que dice usted López de Hoyos... en la Prosperidad...

Sam. Sí; un hotelito que no tiene número...

Soc. Y que hace esquina...

Sam. Eso es.

Soc. ¿Y cómo... cómo se llama esa mujer?

Sam. Pues... Clara... eso es, Clara...

Soc. (De repente iniciando el mutis.) Hasta ahora.

Sam. ¿Adónde va usted?

Soc. A recoger mi sombrero y despedirme de doña Justa.

Sam. ¿Le ha dicho usted que estoy aquí?

Soc. Naturalmente. Pero no se alarme. La he hecho creer que viene usted por un asunto de mi marido.

Sam. Después de todo es cierto.

Soc. ¡Claro! Hay que engañar con la verdad. Conque hasta ahora; no tardo nada... Espéreme usted sin desesperar... (Marchándose.) Prosperidad... Clara... un hotelito que hace esquina... (Alto) ¡Vuelvo en seguida! No se impaciente usted. (Se va segunda derecha.)

Sam.	Aquí aguardo sin moverme aunque se me duerman las piernas. (Solo.) ¡Ya está! ¡Ya está! ¡En el camino me arrojo a sus plantas, le declaro mi engaño y... ¡qué mujer no se conmueve viendo a un hombre de rodillas camino de la Prosperidad!

ESCENA IV

SAMANIEGO, CASTO y OCTAVIANO foro

Casto	Pase usted, don Octaviano; pase usted sin miedo, que hoy le juro a usted que cesan todos sus sufrimientos.
Octav.	¿Pero no me pegará mi mujer?
Sam.	(Aparte al verlos.) ¡Demonio! ¿A qué vendrán aquí estos dos pájaros tontos?
Casto	¡Hombre, Samaniego! ¡No sabe usted lo que me alegra encontrarle aquí!
Octav.	¿Este señor es Samaniego?
Sam.	El mismo. ¿Qué se les ofrece?
Casto	Ya... ya se lo diré... Por más que cuando está usted en esta casa, algo deben haberle dicho...
Sam.	Yo estoy aquí porque me ha mandado a llamar el dueño, para tratar un asunto urgente y reservadísimo. Conque hagan ustedes el favor de retirarse y vuelvan dentro de un par de horas, que ya habremos terminado nuestra conferencia.
Casto	Lo siento; pero yo no salgo de aquí sin justificar a este amigo mío.
Sam.	¿Justificarlo de qué?
Casto	De la acusación que pesa sobre él. ¡Sí, señor! ¡Padezca quien padezca! ¡Necesito decir toda la verdad! ¡Usted no sabe qué noche ha pasado este pobre hombre!
Sam.	¿Pues?
Octav.	Sí, señor; una noche horrible. No veía más que gusanos y mariposas por todas partes...
Sam.	No comprendo...
Octav.	¡Caballero! ¡Yo soy una víctima de mi segunda naturaleza!
Sam.	¿Qué dice usted?
Octav.	Que, según parece, cuando me duermo, me convierto en mariposa, levanto el vuelo y hago una infinidad de atrocidades!

Sam. (A Casto.) ¿Está loco ese señor?

Casto Casi, casi; desde que pesa sobre él la acusación del guarda del Retiro.

Sam. ¡Ah! ¿Usted es Octaviano Torrejón?

Octav. Sí, señor, y este santo varón, (Por Casto.) compadecido por la mala noche que le he hecho pasar en su casa, en cuanto recibió esta mañana el aviso de doña Justa, me obligó a acompañarle para descubrir aquí toda la verdad, según ha dicho.

Casto ¡Sí, amigo mío! Bastante ha sufrido usted por mi egoísmo. ¡Lo diré todo, todo aunque yo sea el primero que pague mi parte de culpa! (A Samaniego.) ¿Qué le parece a usted? ¿No hago bien?

Sam. Divinamente. Pero yo le agradecería que se marchase. Va a salir esa señora, digo ese señor, y en este momento es imposible atenderles y... vamos... que necesito estar solo y me molestan ustedes.

Casto ¿Molestar cuando venimos a decir...

Octav. ¡No ataje usted el paso a la verdad!

Sam. ¡Esto es desesperante! ¿Quieren marcharse de una vez?

Casto No, señor.

Octav. ¡Hemos dicho que no!

Sam. Márchese o me veré obligado a arrojarles por un balcón!

Octav. ¡Me hago mariposa!

Casto Advierta usted que estamos en un interior, caballero.

Sam. ¡Pues por la escalera!

Octav. ¡No será sin nuestra protesta!

Sam. Acabemos. ¡Si no se marchan ustedes ahora mismo!... (Acometiéndoles.)

Casto (Huye) ¡Esto es un atropello!

Octav. (Idem.) ¡Esto no se hace con un gusano!

Sam. (Empujándolos.) ¡A la calle! ¡A la calle!

ESCENA V

LOS MISMOS y FIDELA foro

Fidela (Entrando precipitadamente y dirigiéndose a don Casto.) ¡Jauna! ¡Jauna! ¡Ay, grasias que te veo!... ¡Aquí que te encuentro, Dios mío! (Se limpia el sudor agitadísima.)

Casto Fidela, ¿A qué viene usted? ¿Qué ocurre?

Sam ¿Otra más?

Fidela ¡Contrariedad que te traigo! ¡Sálvate si puedes!) (A Octaviano.) ¡Y usted lo mismo!

Octav. ¿Qué dice esta muchacha?

Fidela ¡Marido que te llega! ¡Golpes que te ofrese! ¡Mujer que se busca! ¡Escándalo que se mueve! ¡Coche que te trae! ¡Corre que te pilla!

Casto Tranquilícese, Fidela, tranquilícese, porque entre la agitación y el vascuence, me resulta usted un geroglífico en salto de caballo.

Octav. Sí, hable usted, pero despacio.

Fidela Despasio no te puedo. Pagando coohe queda abajo don Marselino, marido de doña Socorro pues.

Octav. ¡El verdugo!

Sam. ¡Marcelino aquí!

Casto ¿Y a qué viene?

Fidela Mujer que se buca por todos sitios.

Los tres ¡Atiza!

Fidela ¡Orejas que ha jurado arrancar a un santo!

Casto ¡Eso es por mí!

Fidela Abrazo que quiere dar las gracias.

Octav. ¡A mí! ¡A mí! ¡Insiste en la extrangulación!

Fidela Y amigo que nesesita para matar o así.

Sam. ¡Ese soy yo! ¡Se ha enterado de que estoy aquí! ¡Me han vendido!

Fidela (A Casto.) ¿Corre que te pilla?

Casto ¡Calla, que me azoras!...

Sam. ¡Ay, si me ve aquí!

Octav. Y a mí. ¡Sálveme usted, don Casto!

Sam. ¡Invente usted algo para que no me degüelle!

Casto ¡Calma! ¡Quietos! ¡Venga lo que sea! ¡Yo les salvaré!

Octav. ¿Sí?

Sam. ¿Cómo?

Casto Verdad que le digo. Enredo que deshago. Golpes que detengo... (A Samaniego.) ¿Usted me jura dejar en paz a la señora de Marcelino?

Sam. Desde ahora mismo.

Casto Pues no tema usted. Yo me sacrificaré y sálvense todos. (A Octaviano.) Sí; yo diré que usted no ha estado nunca en el Angel Caído. (A Samaniego.) Y que usted no conoce a Socorro más que para servirla..i

Sam. ¿Y cómo lo va usted a convencer?

Casto Ahora lo verá. (A Fidela.) Fidela, vaya usted en seguida al Retiro y dígale a su novio que venga.

Fidela ¿Para qué?

Casto Para que confirme mis palabras. Se acabaron los enredos... las tribulaciones... las... (Suena un portazo muy fuerte.) ¡Ay!

Octav. ¿Qué es eso?

Fidela (Que ha subido al foro.) Portazo que se da.

Sam. ¿Quién es?

Fidela Don Marcelino que ya se ha llegado,

Sam. (Ocultándose de repente en la primera derecha.) ¡Demontre!

Octav. (Idem en la primera izquierda.) ¡Me ahoga!

Fidela (A don Casto.) ¿Qué te hago?

Casto Lo que le he dicho. Vaya en busca de su novio. (Fidela se marcha foro.) Y nosotros... (Al volverse se encuentra solo.) ¡Me he quedado solo! ¡Mejor! .. Sin embargo, evitemos el primer ímpetu. (Se oculta segunda izquierda.)

ESCENA VI

MARCELINO foro, ELZEARIA segundo derecha

Marc. ¿Pero es que no sale nadie a recibirme? (Tranquilamente.) No importa. Estoy seguro de que mi mujer está aquí y no me marcho sin llevármela. (Se sienta.)

Elzea. Ahí está. Veremos si este irresistible Samaniego se niega a complacerme. (Alto.) ¡Caballero!

Marc. (Levantándose.) Señora...

Elzea. Espera usted a Socorro, ¿verdad?

Marc. Sí; pero no tengo prisa. (Se sienta otra vez.)

Elzea. Le advierto que está usted perdiendo un tiempo precioso..

Marc. Creo que no; porque estoy decidido a que salgamos juntos de esta casa.

Elzea. Pues si es ese el motivo de su espera, puede desalojar la curvada cuando guste y tomar el portante. Socorrito no está dispuesta a ir con usted a ninguna parte.

Marc. Ya lo veremos. Haga el favor de decirla que estoy esperando.

Elzea. No; si ya lo sabe. Pero como Socorrito es

una persona decente, no tiene necesidad de ir con usted a ningún sitio. Se lo prohibe su dignidad y las señoras de la Junta.

Marc. Respecto a esas señoras, siento decirla que ya se ha terminado eso de que intervengan en nuestros asuntos, y en cuanto vea a don Casto, le diré que, como vuelva a recibir a Socorro en su casa, le arranco las orejas...

Elzea. ¿Se atrevería usted?

Marc. Estoy en mi derecho.

Elzea. ¡De manera que, porque una señora resiste a sus seducciones y burla sus asechanzas, pretende usted desacreditarla con el escándalo! ¿De manera que porque la ve usted abandonada y burlada por su marido, intenta aprovecharse de su ira? ¡No, caballero, no!... La íntima amistad que liga a usted con Marcelino debía aconsejarle más lealtad.

Marc. ¿La íntima amistad? ¿Qué dice usted?

Elzea. Sí, señor Samaniego. Usted pretende explotar el desliz del marido... para desacreditar a la esposa... ¡A la esposa, que, a pesar de las ofensas que se le han inferido en su dignidad de mujer... jamás ha dado pie para que nadie piense mal de ella.

Marc. ¿Pero qué enredo es éste?

Elzea. No hay tal enredo. Si ella ha cometido la ligereza de citarle a usted en esta casa, fué como hace poco le dijo, para conocer el domicilio de esa señora que sorprendieron con mi marido en el Angel Caído y que equivocadamente cree Socorro que es la amante de Marcelino.

Marc. ¡Ah! ¿Usted es la esposa de don Octaviano?

Elzea. Tengo esa desdicha. Conque si mis palabras han hecho alguna mella en su corazón, espero que se marchará usted ahora mismo de esta casa, sin pretender entrar en explicaciones con Socorrito.

Marc. Señora, usted está confundida.

Elzea. Ahora bien. Si, efectivamente, venía usted a hacer una buena accion... ya que Socorrito no puede ni debe ir con usted a hablar con esa señora, puede usted acompañarme, si gusta, que yo estoy dispuesta... No... no crea usted que pretendo pagar a mi marido con su misma moneda. No; eso no entra en

mi programa. Mi deseo es cerciorarme de la liviandad de Octaviano, para conseguir el puesto que la desgracia ha tenido a bien otorgarme en la caritativa asociación «Los Angeles Caídos.» ¡Conque, andando a casa de esa desdichada!

Marc. (Para sí.) De modo que Samaniego ha venido aquí...

Elzea. Cuando usted guste, caballero.

Marc. Y don Casto, indudablemente, ha dicho que Josefina...

Elzea. ¿Qué espera usted?

Marc. (Resolviéndose.) Está bien.

Elzea. ¿Qué le pasa?

Marc. Señora, padece usted un grave error.

Elzea. ¿Un error?

Marc. Yo no soy Samaniego.

Elzea. ¿Eh?

Marc. Samaniego indudablemente ha debido quitarse de enmedio, cuando me ha sentido llegar...

Elzea. ¿Que no es usted Samaniego?

Marc. Y don Casto, avisado por su criada que ha venido conmigo en el coche, habrá hecho lo propio.

Elzea. Pero ¿don Casto está aquí?

Marc. Eso me dijo su criada, cuando hace poco fuí a preguntarle por el paradero de mi mujer....

Elzea. ¿Su mujer? ¿Dice usted su mujer?

Marc. Y al llegar aquí, esa maldita criada se escurrió mientras yo pagaba al cochero y habrá avisado a todos de mi llegada...

Elzea. A nosotras, no; le juro que a nosotras, no.

Marc. Conque ya que se ha dado usted cuenta de su error, tenga la bondad de decir a mi mujer que se disponga a volver conmigo a casa y a esos señores que salgan para darles lo que merecen por el favor que han querido hacerme.

Elzea. (Aparte.) (Es el marido. ¡La he pringado!)

Marc. Conque, si quiere usted molestarse, dígale a Socorro que no me obligue a perder la prudencia en una casa extraña.

Elzea. Ya, ya observo su actitud tranquila.

Marc. Pues con esta tranquilidad que usted no puede menos de reconocer, agarro a Socorro de un brazo, a Samaniego del cogote y a

don Casto de las orejas... y me hago el dueño de la situación.

Elzea. (Aparte.) (Es un cuadrumano rabioso.)

Marc. Vaya usted, vaya usted y dígales a todos que salgan.

Elzea. A Socorrito, desde luego; pero tocante a don Casto y Samaniego, ignoro su refugio, palabra de mujer ofendida. Voy a avisar a su señrra y... olvide lo que le he dicho.

Marc. ¡Qué he de olvidar! ¡Si me ha puesto usted en camino para terminar de una vez con todos estos enredos!

Elzea. Lo que a usted le parezca. ¡Servidora! (Se marcha segunda derecha.)

ESCENA VII

MARCELINO, CASTO, SAMANIEGO, OCTAVIANO

Marc. (Mirando las puertas cerradas y sonriendo socarronamente.) ¡Jé!... (Empuja una puerta tras otra y se convence de que ofrecen resistencia.) ¡Cerradas! Está bien. (Desde el centro de la escena y en voz alta.) ¡Mis queridos amigos! Como estoy en una casa extraña y para hablar con ustedes me veo precisado a armar escándalo, para no malgastar el tiempo llamándoles, acaba de ocurrírseme la gran idea: Enredarme a tiros con estas puertas cerradas, que ya irá alguna bala a anunciarles mi visita.

Los tres (Salen rápidamente.)

Casto ¡No haga usted barbaridades!

Sam. ¡Marcelino, yo te explicaré!...

Octav. ¡No tire usted que soy una víctima!

Marc. ¡Calle! ¿También estaba usted escondido?

Octav. ¿Escondido? No. Es que al entrar empujé con demasiada fuerza...

Marc. ¡No tema usted, hombre! (Va a abrazarle.)

Octav. (Huyendo.) ¡No! ¡Abrazos, no, que soy inocente!

Marc. Lo sé. Los culpables son este querido amigo y ese santo varón.

Sam. Verás... no te precipites... Yo he venido... he venido..

Marc. No titubees, que yo estoy muy tranquilo.

Sam. Ya... ya lo veo...

Casto Tocante a mí, puede usted hacer lo que le

plazca. Estoy decidido a decir la verdad en cuanto vea a esas señoras...

Sam. ¿Qué verdad?

Octav. ¡La única! ¡La irrefutable! ¡Hay una segunda naturaleza!...

Marc. Usted se calla. (A Samaniego que va a hablar.) Y tú lo mismo... (A Casto.) Y usted lo que va a decir cuando se presente mi mujer, es lo que a mí me convenga.

Casto ¿Lo que a usted le convenga? ¿Y ese derecho en qué se funda?

Marc. (Levantándose el chaleco y enseñando un cinto en el que lleva un revólver enfundado.) Aquí no hay más funda que la presente. Conque, evite usted la exhibición del contenido y acceda a mi petición.

Casto ¡Eso es aherrojar un cerebro!...

Marc. Como le parezca, pero yo necesito que usted convenza a Socorro de mi fidelidad y no tengo a mano argumento de más peso para obligarle a usted. (A Samaniego.) En cuanto a tí...

Sam. No creo muy caballeroso pedirme satisfacciones en esta casa y con un revólver en el cinto.

Marc. Tú dirás en donde podemos vernos...

Sam. En cualquier sitio más apropósito qué éste. Lo mismo me da la caída de tarde en la Puerta del Sol, que a las nueve de la mañana en la parada de palacio. Ya nos veremos.

Marc. Procura que no nos veamos.

Sam. No nos veremos, no nos veremos. Pero conste que te he propuesto una solución caballeresca. (Aparte al marcharse por el foro.) En seguidita me vas a echar tú la vista encima. (Se va.)

Casto Si le parece a usted, también podíamos dejar nuestras explicaciones para un día de mítin.

Marc. ¡Cá! ¡Lo nuestro va a solucionarse ahora mismo!

Casto Pero, ¿quién convence a Socorrito habiendo visto ese retrato de usted en el reloj de aquella joven?

Marc. Dígale que no es mío... invente lo que guste, porque de aquí no salgo sin llevar a mi mujer convencida.

Octav. (Indicando segunda derecha.) Aquí vienen esas señoras...

Marc. Lo dicho. Recuerde que tengo aquí cinco balas, dispuestas para cortarle el paso a la verdad. (Sube al foro.)

Casto (¡Me perfora el porvenir!)

Octav. No olvide usted su promesa de devolverme la tranquilidad.

Casto Don Octaviano, con cinco balas enfundadas, no hay que pensar en más tranquilidad que la del sepulcro.

ESCENA VIII

DICHOS, SOCORRO y DOÑA ELZEARIA segunda derecha

Soc. Qué, ¿se han puesto ya de acuerdo?

Octav. ¿Acuerdo?

Casto Señora, ofende usted mi nativa austeridad. A mí no hay quien me amedrente, ni quien me catequice... Yo no callaré la verdad, ni ante las amenazas, ni ante las dádivas, ni ante... (Viendo que Marcelino se lleva la mano al chaleco.) Don Octaviano, póngase delante por si acaso.

Marc. (Adelantando y deteniendo a Casto con la acción.) ¡No! Que no se moleste ese caballero. Hable usted, pero como vuelva a enredar este asunto, le agarro de un brazo y le saco de esta casa a empujones...

Casto No; si va usted a ponerse en guardia, no hablo.

Elzea. Diga lo que quiera, con tal de que sea la verdad.

Casto La verdad. Oiganla ustedes.

ESCENA IX

DICHOS y COSME, foro

Cosme ¡No hagan ustedes caso, que es mentira!

Todos ¿Eh?

Soc. ¡Don Cosme!

Marc. ¿De dónde sale este señor?

Cosme Vengo de recorrer todas las casas de la calle López de Hoyos.

Elzea. ¿Y qué?
Cosme Allí no hay ninguna Clara.
Casto ¡Naturalmente! Como que eso habrá sido alguna invención de Samaniego, para aplacar los intempestivos celos de esa señora. (*Por Socorrito.*)
Soc. ¿Intempestivos, eh?
Casto Sí, Socorrito, sí; ni su marido le ha sido infiel en la vida.
Soc. ¿Cómo que no?
Casto Ni Samaniego fué a mi casa en seguimiento de su señora. (*A Marcelino.*)
Marc. ¿Qué está usted diciendo?
Casto ¡La verdad! Samaniego fué allí porque sospechaba de su novia, una tal Josefina que vino a consultarme una desgracia de familia. Don Octaviano se tropezó con ella según creo...
Octav. No; fué ella la que se tropezó con mi mejilla.
Elzea. ¿Y qué te hizo?
Octav. Descentrarme la dentadura postiza.
Marc. Ya estás oyendo... yo no tengo nada que ver...
Soc. ¿Y ese reloj de pulsera con tu retrato?
Marc. Don Casto te dirá...
Casto Parecidos funestos que hay. Es un esmalte de Frascuelo... me he fijado bien. El señor no tiene la culpa de que Frascuelo se le haya parecido...
Octav. Es como lo que ocurre conmigo... (*A doña Elzearia.*) Figúrate que yo soy un gusano...
Elzea. ¡Déjame en paz! ¡Tú eres un libertino! ¡El guarda te lo ha dicho en tu cara!
Casto Eso del guarda... Yo soy el único culpable...
Soc. Amigo don Casto, basta de sacrificios. Supongo que al final va usted a decir que todos son inocentes y usted el único culpable...
Casto ¿Y no creería usted esa verdad?
Soc. Es demasiado burda. Y como el que debe justificarse conmigo, no lo hace, me marcho. (*A Marcelino.*) Que sea usted muy feliz con su esmalte, y cónstele que si he cometido alguna ligereza hay que culpar a quien por perseguir aventuras, deja a su mujer a merced del primer desahogado que la en-

cuentre en su camino. ¿Vamos, doña Elzearia?

Elzea. Perdone. Yo no me separo de don Casto hasta que confiese que soy digna de mi sillón en la Directiva.

Casto ¡Ah!... Pero, ¿lo primero para usted?...

Elzea. Mucho desearía que se probase la inocencia de Octaviano; pero ese puesto en la Junta me trae sin sentido...

Casto ¡Basta! ¡Ni una palabra más! ¡Suyo es! (A los demás.) Señores. Concédanme cinco minutos de conferencia con doña Elzearia, y pasado este plazo háganme picadillo si no he arreglado este asunto a gusto de todos.

Soc. Por mí, tómese los que quiera. Yo voy a despedirme de doña Justa. (Se marcha segunda derecha.)

Marc. (Señalando a la primera derecha.) ¡Ahí espero, no le digo más!...

Casto Márchese, márchese con don Cosme y.. agítese, agítese, que la tranquilidad es la madre de los malos pensamientos. (Al volverse hacia don Octaviano, ve que éste llora en un rincón, asaeteado por los pellizcos de doña Elzearia.) ¡Don Octaviano!... ¡Caray! ¿Qué es eso?

Octav. ¡Que no hay quien convenza a mi mujer de lo de las mariposas!

Casto Déjeme con ella; yo se lo explicaré.

Octv. Sí. ¡Hágalo usted por mi eterno descanso!

Casto Lo haré... ¡Por «Los Angeles Caidos!» ¡Por los que he hecho todo en este mundo! (Se marchan don Octaviano, Marcelino y Cosme por la primera derecha. Aparte, mirando a Elzearia que desde el proscenio le mira ceñuda y con desconfianza.) ¡Ilumíname, San Alejo! ¡Que se trata de mi manutención!...

ESCENA X

CASTO y DOÑA ELZEARIA

Casto Doña Elzearia...

Elzea. Ya habrá usted observado que no he despegado mis labios durante sus anteriores explicaciones...

Casto Lo he visto.

Elzea. ¿Y cree usted que debo seguir en esta actitud?

Casto No, doña Elzearia. Ha llegado el momento de que despegue usted sus labios y de que me pegue usted dos bofetones. ¡Yo soy el culpable de todo!

Elzea. No es por ahí...

Casto Sí, señora. Por ahí es. Yo soy el causante de que Socorro se haya enterado de lo de su marido; de que Marcelino desconfíe de su señora, y de que don Octaviano esté acusado por el guarda. Pero todo lo he hecho por usted.

Elzea. ¿Por mí?

Casto Por usted. Yo conocía sus deseos de pertenecer a nuestra Agrupación y ocupar en ella un puesto distinguido. Yo sabía que era imposible su ingreso mientras no contásemos con una infidelidad de su marido. Y como el pobre don Octaviano, según la frase gráfica de usted, ya ha pasado de la edad de las borrascas, aproveché el error del Guarda que me sorprendió en el Angel Caído, para dar en la Comisaría el nombre de don Octaviano en vez del mío y hacer ingresar a usted en nuestra Junta, con tantos títulos como la primera.

Elzea. ¿Es posible? ¿Usted? ¿Usted ha hecho eso?

Casto Sí, yo. Pero una vez que mi sacrificio no tiene valor ninguno, que Socorrito no quiere hacer las paces con Marcelino, y usted no puede creer en la segunda naturaleza de su esposo, mañana mismo diré ante el Juez toda la verdad.

Elzea. No, don Casto; usted no hará eso.

Casto Sí, señora; me repugna la mentira. Y además... ¡no puedo ver sufrir a don Octaviano!

Elzea. ¡No importa! ¡Que sufra! ¡Que aparezca culpable!... ¡Lo exigen .. «Los Angeles Caídos'»

Casto ¿Pero y Socorrito?

Elzea. Yo la obligaré a que haga las paces con su esposo... Usted no sabe lo dulce que es hacer las paces con el hombre amado.

Casto (Hipócritamente.) No, señora.

Elzea. Sacrifíquese por esta vez. Se lo pido por nuestra amistad. Que me vea yo en la Junta de «Los Angeles» y le adoraré de rodillas.

Casto No merezco tanto.

Elzea. Entonces... permítame que premie su abnegación con un abrazo fraternal.

Casto ¡No! ¡Abrazos, no! ¡Que viene el guarda!... Vaya usted a convencer a Socorrito.

Elzea. En seguida. ¡Es un santo varón! Desde mañana le doy a usted casa gratis y un cubierto en nuestra mesa. (Se mercha segunda derecha.)

Casto Muchas gracias. ¿Has visto, San Alejo? Para vivir bien en este mundo hay que tener ángel y caer de pie. (Cuadro y telón.)

FIN DEL JUGUETE

Obras de Ricardo González del Toro

Cara-Chica, boceto de comedia en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

Sal de espuma, zarzuela en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Penella y Castilla.

La mala fama, sainete en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

Gente de trueno, sainete lírico, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Castilla.

El decir de la gente, boceto lírico en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Gracia y Justicia, exposición cómico-lírico-bailable, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

Mamá suegra, entremés en prosa, en colaboracion con Mignel Mihura.

La costa azul, opereta en un acto y cuatro cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Ramón López-Montenegro. (2.ª edición).

El fantasma, fantasía melodramática en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Quislant y Badía.

La reina de las tintas, humorada lírica en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

Rosa temprana, juguete lírico en un acto, en prosa y verso, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Escobar.

El pueblo del pelcón, opereta ménflica en un acto, dividido en dinco cuadros, en verso, pseudo-parodia de *La corte de Faraón*, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Pajaritos y flores, boceto de sainete en un acto y en verso, en un solo cuadro, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

El Alegre Manolín, juguete lírico, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

La niña de los besos, opereta en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella. (3.ª edición).

La canción española, opereta española en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Vives y Barrera.

Las pícaras faldas, humorada con música en un acto y tres cuadros, en colaboracion con Miguel Mihura, música del maestro Padilla.

Casco de oro, boceto melodramático en un cuadro y en prosa, en colaboración con Miguel Mihura.

Los pocos años, sainete con música en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Penella.

La viva de genio, zarzuela en dos actos, divididos en siete cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Ramón López-Montenegro.

¡Centinela... alerta!, opereta en un acto, en colaboración con Miguel Mihura, música de Saco del Valle y Quislant.

Los campesinos, juguete cómico-lirico en un acto y en prosa, inspirado en el asunto de una obra extranjera, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Leo Fall, adaptada por Celestino Roig. (3.ª edición).

Las percheleras, sainete lírico, en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro D. Tomás Bretón.

El sostén de la casa, sainete con música en un acto y tres cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música de Quinito Valverde y Torregrosa.

El amor lo pintan niño... entremés, en colaboración con Miguel Mihura, música de Celestino Roig.

El gran simpático, zarzuela cómico-extravagante en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Amadeo Vives.

El tren de lujo, zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, en colaboración con Miguel Mihura, música de los maestros Marquina y Roig.

El ojo de Gayo, zarzuela cómica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Gerónimo Giménez.

Lá canción española, (reformada), en colaboración con Miguel Mihura, música de Vives y Barrera.

La última opereta, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en colaboración con Antonio F. Lepina, música del maestro Gerónimo Giménez.

La noche vieja, opereta en un acto, dividido en cuatro cuadros, en colaboración con Miguel Mihura, música del maestro Celestino Roig.

El flaco de Quintanilla, juguete cómico en tres actos.

Cine-Fantomas, fantasía cómico-lírica bailable en un acto, dividido en cinco cuadros en prosa y verso, con música del maestro Gerónimo Giménez.

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Antonio F. Lepina.

Hotel Marcial, opereta an un acto y tres 'cuadros, con música del maestro Padilla.

Adiós, juventud!. comedia italiana en tres actos y prosa, en colaboración con Enrique Tedeschi.

La alegre Diana, opereta en tres actos, con música del maestro Barrera.

La Eva ideal, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, en colaboración con Antonio F. Lepina, con música del maestro Giménez.

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Antonio F. Lepina, con música del maestro Giménez.

El amigo Carvajal, juguete cómico en dos actos, el segundo dividido en dos partes, en colaboración con J. Andrés de la Prada.

La costilla de Adán, fantasía cómico-lírica en un acto, dividido en cuatro cuadros, en colaboración con Julián Moyrón, música del maestro Gerónimo Giménez.

El Zorro, zarzuela cómico-dramática en un acto dividido en tres cuadros, en colaboración con Francisco Tristán Larios. Música del maestro Gerónimo Giménez.

El Santo Varón, juguete cómico en tres actos y en prosa.

Precio: DOS pesetas